



HAMLET

William Shakespeare

Lectulandia

Obra en la que el genio de William Shakespeare brilla con especial fuerza. La tragedia de *Hamlet* traza el admirable retrato de un legendario príncipe de Dinamarca soñador y contemplativo, sumido en dudas e irresoluciones, que, obligado a esclarecer los motivos que llevaron a la muerte de su padre, sucumbe ante la fatalidad de las circunstancias. Poblada por una abundante y compleja galería de personajes secundarios, la obra ha gozado de una constante vigencia a lo largo del tiempo, que ha hecho que se incorporen al lenguaje común numerosas expresiones de la obra («ser o no ser», «palabras, palabras, palabras», «lo demás es silencio») que han llegado a hacerse emblemáticas. La ambigüedad, la ambivalencia y la desorientación del protagonista lo aproximan notablemente, por otro lado, a la sensibilidad de nuestra época.

Lectulandia

William Shakespeare

Hamlet

ePUB v1.2

Oxobuco 06.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Tragedy of Hamlet, Prince of Denmark*
William Shakespeare, 1600.
Traducción: José María Valverde
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.2)
ePub base v2.0

T H E
Tragicall Historie of
H A M L E T,
Prince of Denmarke.

By William Shakespeare.

Newly imprinted and enlarged to almost as much
again as it was, according to the true and perfect
Coppie.



AT LONDON,
Printed by I. R. for N. L. and are to be sold at his
shoppe vnder Saint Dunstons Church in
Fleetstreet. 1605.

DRAMATIS PERSONAE

- EL ESPECTRO del padre de Hamlet
- HAMLET, Príncipe de Dinamarca
- EL REY Claudio, hermano del difunto Rey Hamlet
- LA REINA Gertrudis, viuda del difunto Rey Hamlet y esposa del Rey Claudio
- POLONIO, dignatario de la corte danesa
- OFELIA, hija de Polonio
- LAERTES, hijo de Polonio
- REINALDO, criado de Polonio
- HORACIO amigo de Hamlet
- ROSENCRANTZ amigo de Hamlet
- GUILDENSTERN amigo de Hamlet
- VOLTEMAND cortesano
- CORNELIO cortesano
- OSRIC cortesano
- FRANCISCO soldado
- BERNARDO soldado
- MARCELO soldado
- FORTINBRÁS, Príncipe de Noruega
- UN CAPITÁN del ejército noruego
- UN SACERDOTE
- EL ENTERRADOR
- SU COMPAÑERO
- ACTORES
- MARINEROS
- SECUACES de Laertes
- EMBAJADORES de Inglaterra
- Cortesanos, mensajeros, criados, guardias, soldados, acompañamiento.

*La escena se representa en el Palacio y Ciudad de Elsinore, en sus cercanías
y en las fronteras de Dinamarca.*

ACTO PRIMERO



ESCENA I

Explanada delante del Palacio de Elsinore. Noche Oscura.

(Entran Bernardo y Francisco, dos centinelas.)

BERNARDO.—¿Quién va?

FRANCISCO.—¡Contestad vos! ¡Alto, daos a conocer!

BERNARDO.—¡Viva el rey!

FRANCISCO.—¿Bernardo?

BERNARDO.—El mismo.

FRANCISCO.—Llegas con gran puntualidad.

BERNARDO.—Ya han dado las doce: acuéstate, Francisco.

FRANCISCO.—Gracias por el relevo. Hace un frío ingrato, y estoy abatido.

BERNARDO.—¿Todo en calma?

FRANCISCO.—No se ha oído un ratón.

BERNARDO.—Muy bien, buenas noches. Si ves a Horacio y a Marcelo, mis compañeros de guardia, dales prisa.

(Entran Horacio y Marcelo.)

FRANCISCO.—Creo que los oigo. ¡Alto! ¿Quién va?

HORACIO.—Amigos de esta tierra.

MARCELO.—Y vasallos del rey danés.

FRANCISCO.—Adiós, buenas noches.

MARCELO.—Adiós, buen soldado. ¿Quién te releva?

FRANCISCO.—Bernardo. Quedad con Dios.

(Sale.)

MARCELO.—¡Eh, Bernardo!

BERNARDO.—¡Eh! Oye, ¿está ahí Horacio?

HORACIO.—Parte de él.

BERNARDO.—Bienvenido, Horacio. Bienvenido, Marcelo.

MARCELO.—¿Se ha vuelto a aparecer eso esta noche?

BERNARDO.—Yo no he visto nada.

MARCELO.—Dice Horacio que es una fantasía, y se resiste a creer en la espantosa figura que hemos visto ya dos veces. Por eso le he rogado que vigile con nosotros el paso de la noche, para que, si vuelve ese aparecido, confirme que lo vimos y le hable.

HORACIO.—¡Bah! No vendrá.

BERNARDO.—Siéntate un rato y deja que asedemos tus oídos, tan escudados contra nuestra historia, diciéndote lo que hemos visto estas dos noches

HORACIO.—Muy bien, sentémonos y oigamos lo que cuenta Bernardo.

BERNARDO.—Anoche mismo, cuando esa estrella que hay al oeste de la polar se movía iluminando la parte del cielo en que ahora brilla, Marcelo y yo, con el reloj dando la una...

(Entra el Espectro.)

MARCELO.—¡Chsss! No sigas: mira, ahí viene.

BERNARDO.—La misma figura; igual que el rey muerto.

MARCELO.—Tú tienes estudios: háblale, Horacio.

BERNARDO.—¿No se parece al rey? Fíjate, Horacio.

HORACIO.—Muchísimo. Me sobrecoge y angustia.

BERNARDO.—Quiere que le hablen.

MARCELO.—Pregúntale, Horacio.

HORACIO.—¿Quién eres, que usurpas esta hora de la noche y la forma intrépida y marcial del que en vida fue rey de Dinamarca? Por el cielo, te conjuro que hables.

MARCELO.—Se ha ofendido.

BERNARDO.—Mira, se aleja solemne.

HORACIO.—Espera, habla, habla. Te conjuro que hables.

(Sale el Espectro.)

MARCELO.—Se fue sin contestar.

BERNARDO.—Bueno, Horacio. Estás temblando y palideces. ¿No es esto algo más que una ilusión? ¿Qué opinas?

HORACIO.—Por Dios, que no lo habría creído sin la prueba real y terminante de mis ojos.

MARCELO.—¿Verdad que se parece al rey?

HORACIO.—Como tú a ti mismo. Tal era la armadura que llevaba cuando combatió al ambicioso rey noruego. Tal su ceño cuando, tras fiera discusión, a los polacos aplastó en sus trineos sobre el hielo. Es asombroso.

MARCELO.—Con paso tan marcial ha cruzado ya dos veces nuestro puesto a esta hora cerrada de la noche.

HORACIO.—No puedo interpretarlo exactamente, pero, en lo que se me alcanza, creo que esto presagia conmoción en nuestro estado.

MARCELO.—Bueno, sentaos, y dígame quien lo sepa por qué se exige cada noche al ciudadano tan estricta y rigurosa vigilancia; por qué tanto fundir cañones día tras día y comprar armamento al extranjero; por qué se reclutan calafates, cuyo esfuerzo no distingue el domingo en la semana. ¿Qué ejército amenaza para que prisa y sudor hagan compañeros de trabajo al día y a la noche? ¿Quién puede informarme?

HORACIO.—Yo puedo. Al menos, el rumor que corre es este: nuestro difunto rey, cuya imagen se nos ha aparecido ahora, sabéis que fue retado por Fortinbrás de Noruega, que se crecía en su afán de emulación. Nuestro valiente Hamlet, pues tal era su fama en el mundo conocido, mató a Fortinbrás, quien, según pacto sellado, con

refrendo de las leyes de la caballería, con su vida entregó a su vencedor todas las tierras de que era propietario: nuestro rey había puesto en juego una parte equivalente, que habría recaído en Fortinbrás, de haber triunfado éste; de igual modo que la suya, según lo previsto y pactado en el acuerdo, pasó a Hamlet. Pues bien, Fortinbrás el joven, rebosante de ímpetu y ardor, por los confines de Noruega ha reclutado una partida de aventureros sin tierras, carne de cañón para un empeño de coraje, que no es más, como han visto muy bien en el gobierno, que arrebatarlos por la fuerza y el peso de las armas esas tierras perdidas por su padre. Creo que esta es la causa principal de los aprestos, la razón de nuestra guardia, la fuente del tráfico y actividad en nuestro reino.

(Vuelve a entrar el Espectro.)

Pero, ¡alto, mirad! ¡Ahí vuelve! Le saldré al paso, aunque me fulmine. ¡Detente, ilusión!

(El Espectro abre los brazos.)

Si hay en ti voz o sonido, háblame. Si hay que hacer alguna buena obra que te depare alivio y a mí, gracia, háblame. Si sabes de peligros que amenacen a tu patria y puedan evitarse, háblame. O, si escondes en el vientre de la tierra tesoros en vida mal ganados, lo cual, según se cree, os hace a los espíritus vagar en vuestra muerte, háblame. ¡Detente y habla!

(Canta el gallo.)

¡Detenlo tú, Marcelo!

MARCELO.—¿Le doy con mi alabarda?

HORACIO.—Si no se para, dale.

BERNARDO.—¡Está aquí!

HORACIO.—¡Aquí!

(Sale el Espectro.)

MARCELO.—Se ha ido. Hicimos mal en usar la violencia con un ser de tanta majestad, pues es invulnerable como el aire y pretender agredirle es una burla.

BERNARDO.—Iba a hablar cuando cantó el gallo.

HORACIO.—Y se sobresaltó como un culpable citado por el juez. He oído decir que el gallo, clarín de la mañana, despierta con su voz altiva y penetrante al dios del día y que, alertados, en tierra o aire, mar o fuego, los espíritus errantes en seguida se recluyen: de que es verdad ha dado prueba este aparecido.

MARCELO.—Se esfumó al cantar el gallo. Dicen que en los días anteriores al del nacimiento de nuestro Salvador el ave de la aurora canta toda la noche; entonces, dicen, no vagan los espíritus, las noches son puras, los astros no dañan, las hadas no embrujan, las brujas no hechizan: tan santo y tan bendito es este tiempo.

HORACIO.—Eso he oído, y lo creo en parte. Mas mirad: con manto cobrizo, el alba camina sobre el rocío de esa cumbre del oriente. Dejemos la guardia y, si os parece,

vamos a contar al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, pues, por mi vida, que el espectro, mudo con nosotros, le hablará. ¿Estáis de acuerdo en que debemos informarle, como exigen la amistad y nuestro deber?

MARCELO.—Sí, vamos, que sé dónde podemos hallarle fácilmente esta mañana.

(Salen.)

ESCENA II

Una sala en el castillo.

(Entran Claudio, Rey de Dinamarca, la Reina Gertrudis, Hamlet, Polonio, Laertes y su hermana Ofelia, señores y acompañamiento.)

REY.—Aunque la muerte de mi amado hermano Hamlet sigue viva en el recuerdo, y procedía sumirse en el dolor y fundirse todo el reino en un solo semblante de tristeza, no obstante, tanto han combatido la cordura y el afecto, que ahora le lloro con buen juicio sin haber olvidado mi persona. Por eso, a quien fuera mi cuñada, hoy mi reina, viuda corregente de nuestra guerrera nación, con, por así decir, la dicha ensombrecida, con un ojo radiante y el otro desolado, con gozo en las exequias y duelo en nuestra boda, equilibrando el júbilo y el luto, la he tomado por esposa. Y no he desestimado vuestro buen criterio, que siempre prodigasteis en el curso de este asunto. Por todo ello, gracias. Ahora sabed que Fortinbrás el joven, juzgando mal nuestra valía o creyendo que, tras la muerte de mi amado hermano, la nación está descoyuntada y en desorden, y movido por sueños de ventaja, no ha dejado de asediarme con mensajes que reclaman la entrega de las tierras perdidas por su padre y en buena ley ganadas por mi valiente hermano. Esto, en cuanto a él.

(Entran Voltemand y Cornelio.)

Respecto a mí y a la presente reunión, el caso es como sigue: he escrito esta carta al rey noruego, tío de Fortinbrás el joven, quien, sin fuerzas y postrado, apenas sabe la intención de su sobrino, pidiéndole que detenga su avance, ya que toda la tropa reclutada se compone de súbditos suyos. Y así os envío, queridos Cornelio y Voltemand, como portadores de mi saludo al viejo rey, sin daros más poder personal para negociar con el noruego que el fijado ampliamente en estas cláusulas. Adiós, y que vuestra rapidez sea prueba de lealtad.

VOLTEMAND.—En esto como en todo veréis nuestra lealtad.

REY.—No puedo dudarlo. Cordialmente, adiós.

(Salen Voltemand y Cornelio.)

Bien, Laertes, ¿qué hay de nuevo? Me hablaste de una súplica. ¿Cuál es, Laertes? Al rey danés nada que sea de razón le pedirás en vano. ¿Qué solicitas, Laertes, que no pueda ser mi ofrecimiento, y no tu ruego? La cabeza no será tan afín al corazón, ni la mano diligente con la boca como el trono de Dinamarca con tu padre. ¿Qué deseas, Laertes?

LAERTES.—Augusto señor, la merced de vuestra venia para regresar a Francia, pues, aunque vine a Dinamarca de buen grado a mostraros mi lealtad en vuestra coronación, ahora confieso que, cumplido mi deber, mis pensamientos y deseos miran

a Francia y se inclinan en demanda de permiso.

REY.—¿Tienes la venia de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO.—Sí, mi señor. Os suplico que le deis vuestra licencia.

REY.—Disfruta de tus años, Laertes; tuyo sea el tiempo y emplea tus buenas prendas a tu gusto. —Y ahora, sobrino Hamlet e hijo mío...

HAMLET.—Más en familia y menos familiar.

REY.—¿Cómo es que estás siempre tan sombrío?

HAMLET.—No, mi señor: es que me da mucho el sol.

REINA.—Querido Hamlet, sal de tu penumbra y mira a Dinamarca con ojos de afecto. No quieras estar siempre, con párpado abatido, buscando en el polvo a tu noble padre. Sabes que es ley común: lo que vive, morirá, pasando por la vida hacia la eternidad.

HAMLET.—Sí, señora, es ley común.

REINA.—Si lo es, ¿por qué parece para ti tan singular?

HAMLET.—¿Parece, señora? No: es. En mí no hay «parecer». No es mi capa negra, buena madre, ni mi constante luto riguroso, ni suspiros de un aliento entrecortado, no, ni rios que manan de los ojos, ni expresión decaída de la cara, con todos los modos, formas y muestras de dolor, lo que puede retratarme; todo eso es «parecer», pues son gestos que se pueden simular. Lo que yo llevo dentro no se expresa; lo demás es ropaje de la pena.

REY.—Es bueno y digno de alabanza, Hamlet, que llores a tu padre tan fielmente, pero sabes que tu padre perdió un padre, y ese padre perdió al suyo; y que el deber filial obligaba al hijo por un tiempo a guardar luto. Pero aferrarse a un duelo pertinaz es conducta impía y obstinada, dolor poco viril, y muestra voluntad contraria al cielo, ánimo débil, alma impaciente, entendimiento ignorante e inmaduro. Pues, sabiendo que hay algo inevitable y tan común como la cosa más normal, ¿por qué hemos de tomarlo tan a pecho en necia oposición? ¡Vamos! Es una ofensa al cielo, ofensa al muerto, ofensa a la realidad y hostil a la razón, cuya plática perpetua es la muerte de los padres, y que siempre, desde el primer cadáver hasta el último, ha proclamado: «Así ha de ser.» Te ruego que entierres esa pena infructuosa y que veas en mí a un padre, pues sepa el mundo que tú eres el más próximo a mi trono, y que pienso prodigarte un género de afecto en nada inferior al que el más tierno padre profese a su hijo. Respecto a tu propósito de volver a la universidad de Wittenberg^[1], no podría ser más contrario a mi deseo, y te suplico que accedas a quedarte, ante el gozo y alegría de mis ojos, cual cortesano principal, sobrino e hijo mío.

REINA.—Que tu madre no te ruegue en vano, Hamlet: quédate con nosotros, no vayas a Wittenberg.

HAMLET.—Haré cuanto pueda por obedeceros, señora.

REY.—Una respuesta grata y cariñosa. Sé como yo mismo en Dinamarca. Venid,

señora. El libre y gentil asentimiento de Hamlet sonrío a mi corazón; en gratitud el rey no brindará en este día sin que el cañón a las nubes lo proclame y mi brindis retumbe por el cielo, repitiendo el trueno de la tierra. Vamos.

(Salen todos menos Hamlet.)

HAMLET.—¡Ojalá que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera hecha rocío, o el Eterno no hubiera promulgado una ley contra el suicidio! ¡Ah, Dios, Dios, que enojosos, rancios, inútiles e inertes me parecen los hábitos del mundo! ¡Me repugna! Es un jardín sin cuidar, echado a perder: invadido hasta los bordes por hierbas infectas. ¡Haber llegado a esto! Muerto hace dos meses... No, ni dos; no tanto. Un rey tan admirable, un Hiperión al lado de este sátiro^[2], tan tierno con mi madre que nunca permitía que los vientos del cielo le hiriesen la cara. ¡Cielo y tierra! ¿He de recordarlo? Y ella se le abrazaba como si el alimento le excitase el apetito; pero luego, al mes escaso... ¡Que no lo piense! Flaqueza, te llamas mujer. Al mes apenas, antes que gastase los zapatos con los que acompañó el cadáver de mi padre como Níobe^[3], toda llanto, ella, ella (¡Dios mío, una bestia sin uso de razón le habría llorado más!) se casa con mi tío, hermano de mi padre, y a él tan semejante como yo a Hércules; al mes escaso, antes que la sal de sus lágrimas bastardas dejara de irritarle los ojos, vuelve a casarse. ¡Ah, malvada prontitud, saltar con tal viveza al lecho incestuoso^[4]! Ni está bien, ni puede traer nada bueno. Pero estalla, corazón, porque yo debo callar.

(Entran Horacio, Bernardo y Marcelo.)

HORACIO.—Salud a Vuestra Alteza.

HAMLET.—Me alegro de veros... ¡Horacio, o no sé quién soy!

HORACIO.—El mismo, señor, y vuestro humilde servidor.

HAMLET.—Mi buen amigo, y yo servidor tuyo. ¿Qué te trae de Wittenberg, Horacio? ¡Marcelo!

MARCELO.—*(Saludando.)* Mi señor...

HAMLET.—Me alegro de verte. *(A Bernardo.)* Buenas tardes. Pero, ¿qué te trae de Wittenberg, Horacio?

HORACIO.—Mi afición a la vagancia, señor.

HAMLET.—Que no me lo diga tu enemigo, ni tú ofendas mis oídos confiándoles una imagen tan adversa de ti mismo. Sé que no eres ningún vago. Dime, ¿qué estás haciendo en Elsinore^[5]? Te enseñaremos a beber a gusto antes de irte.

HORACIO.—Señor, he venido al funeral de vuestro padre.

HAMLET.—Compañero, no te burles, te lo ruego: di más bien a la boda de mi madre.

HORACIO.—La verdad es que vinieron muy seguidos.

HAMLET.—Ahorro, Horacio, ahorro: los pasteles funerarios han sido el plato frío de la boda. Antes encontrar en el cielo a mi peor enemigo que haber visto ese día,

Horacio. Mi padre... Creo que veo a mi padre.

HORACIO.—¿Dónde, señor?

HAMLET.—En mi pensamiento, Horacio.

HORACIO.—Yo le vi una vez: era un rey admirable.

HAMLET.—Era un hombre, perfecto en todo y por todo; ya nunca veré su igual.

HORACIO.—Señor, creo que le vi anoche.

HAMLET.—¿Viste? ¿A quién?

HORACIO.—Señor, a vuestro padre el rey.

HAMLET.—¡A mi padre el rey!

HORACIO.—Templad por un instante vuestro asombro y escuchad con atención la maravilla que voy a relataros, con estos dos señores por testigos.

HAMLET.—¡Por Dios santo, cuéntame!

HORACIO.—Dos noches seguidas, a estos dos señores, Marcelo y Bernardo, haciendo guardia en el vacío sepulcral de media noche, se les ha aparecido una figura igual que vuestro padre, armada de pies a cabeza, que ante ellos camina solemne, con paso lento y grave. Tres veces anduvo ante sus ojos aterrados y suspensos, a la distancia de su bastón de mando, mientras ellos, encogidos de pavor, se quedaban mudos sin hablarle. A mí me lo contaron con miedo y sigilo, y la tercera noche yo velé con ellos; y allí, tal como dijeron, la hora, la figura, hasta la última sílaba, llegó el aparecido. Era vuestro padre, como iguales son mis manos.

HAMLET.—Pero, ¿dónde fue eso?

MARCELO.—Señor, en la explanada donde hacíamos la guardia.

HAMLET.—¿Y no le hablaste?

HORACIO.—Le hablé, señor, pero él no contestó; aunque una vez, alzando la cabeza, se movió como si fuese a hablar, pero entonces cantó fuerte el gallo mañanero y, al oírlo, el espectro se esfumó y desapareció de nuestra vista.

HAMLET.—Asombroso.

HORACIO.—Alteza, por mi vida que es verdad; pensamos que era nuestra obligación hacéroslo saber.

HAMLET.—Sí, sí, claro; pero me inquieta. — ¿Hacéis guardia esta noche?

BERNARDO y MARCELO.—Sí, señor.

HAMLET.—¿Decís que armado?

BERNARDO y MARCELO.—Armado, señor.

HAMLET.—¿De pies a cabeza?

BERNARDO y MARCELO.—Señor, de la cabeza a los pies.

HAMLET.—Entonces no le visteis la cara.

HORACIO.—Sí, señor: la visera estaba en alto.

HAMLET.—¿Tenía mirada fiera?

HORACIO.—Un semblante de pesar más que de ira.

HAMLET.—¿Pálido o encendido?

HORACIO.—No, muy pálido.

HAMLET.—¿Y te miraba de frente?

HORACIO.—Con la vista clavada.

HAMLET.—¡Quién hubiera estado allí!

HORACIO.—Os habría aterrado.

HAMLET.—Sí, seguramente. ¿Se quedó mucho tiempo?

HORACIO.—Lo que se tarda en contar cien sin mucha prisa.

BERNARDO y MARCELO.—Más tiempo, más.

HORACIO.—Cuando yo le vi, no.

HAMLET.—Tenía la barba cana, ¿o no?

HORACIO.—La tenía igual que en vida: de un negro plateado.

HAMLET.—Esta noche velaré. Quizá vuelva a aparecerse.

HORACIO.—Seguro que vuelve.

HAMLET.—Si adopta la figura de mi noble padre le hablaré, aunque se abra la boca del infierno y me mande callar. Os lo suplico, si no habéis revelado aún la aparición, seguid manteniéndola en secreto, y a lo que vaya a suceder en esta noche podéis darle sentido, mas no lengua. Premiaré vuestra amistad. Y ahora, adiós: en la explanada, entre las once y las doce, me reuniré con vosotros.

LOS TRES.—Nuestra lealtad a Vuestra Alteza.

HAMLET.—Decid afecto y recibid el mío. Adiós.

(Salen todos menos Hamlet.)

¿El espectro de mi padre en armas? Algo pasa. Sospecho una traición. ¡Ojalá fuese de noche! Mientras, alma mía, aguarda: la ruindad, por más que la entierren, se descubrirá.

(Sale.)

ESCENA III

En casa de Polonio.

(Entran Laertes y Ofelia.)

LAERTES.—Mi equipaje está embarcado. Adiós. Hermana, siempre que el viento sea pródigo y zarpe algún barco, no descanses hasta haberme escrito.

OFELIA.—¿Lo dudas?

LAERTES.—Respecto a Hamlet y su vano galanteo, tenlo por capricho e impulsiva liviandad, por violeta de su joven primavera: precoz, mas transitoria; grata, mas huidiza; perfume y pasatiempo de un minuto, nada más.

OFELIA.—¿Nada más?

LAERTES.—Seguro que nada más. No crecemos solamente en tamaño y en vigor, sino que con nuestro cuerpo aumenta la eficacia de la mente y el espíritu. Tal vez te quiera ahora y no haya mancha ni doblez que empañe sus nobles intenciones. Mas desconfía: su grandeza le impide su deseo y su regia cuna le somete. Él no puede hacer su voluntad como la gente sin rango, pues de su elección depende el bienestar de todo el reino, y por eso su elección se supedita al voto y aquiescencia de ese cuerpo del cual él es cabeza. Si te dice que te quiere, podrá creerlo tu prudencia en la medida en que él, por su altura y posición, pueda cumplirlo, es decir, no más allá del sentir general de Dinamarca. Así que considera tu deshonor si, crédula, escuchas su cantar, le das tu corazón o le abres tu casto tesoro a su empeño inmoderado. Cuidado, Ofelia, ten cuidado, hermana mía; mantente en retaguardia del cariño, no te espongas al peligro del deseo. La más recatada se prodiga si a la luna revela su belleza. Ni la virtud escapa a la calumnia. El gusano estraga los renuevos antes que florezcan, y en la aurora y el fresco rocío de nuestros años es cuando las plagas más corrompen. Guárdate; el temor es la mejor defensa: la sangre joven, sin tentarla, se subleva.

OFELIA.—El sentido de tu buena lección será el guardián de mi pecho. Mas, hermano, no me enseñes, como el mal sacerdote, la espinosa pendiente del cielo mientras tú, cual fatuo libertino, sigues la senda florida del placer y no tus propios consejos.

LAERTES.—No temas por mí.

(Entra Polonio.)

Me estoy demorando. Aquí está nuestro padre. Doble bendición es doble fortuna: feliz ocasión para otra despedida.

POLONIO.—¿Aún aquí, Laertes? ¡Por Dios, a bordo, a bordo! El viento ya ha hinchado tus velas, y están esperándote. Llévate mi bendición y graba en tu memoria estos principios: no le prestes lengua al pensamiento, ni lo pongas por obra si es

impropio. Sé sociable, pero no con todos. Al amigo que te pruebe su amistad sujétalo al alma con aros de acero, pero no embotes tu mano agasajando al primer conocido que te llegue. Guárdate de riñas, pero, si peleas, haz que tu adversario se guarde de ti. A todos presta oídos; tu voz, a pocos. Escucha el juicio de todos, y guárdate el tuyo. Viste cuan fino permita tu bolsa, mas no estrafalario; elegante, no chillón, pues el traje suele revelar al hombre, y los franceses de rango y calidad son de suma distinción a este respecto. Ni tomes ni des prestado, pues dando se suele perder préstamo y amigo, y tomando se vicia la buena economía. Y, sobre todo, sé fiel a ti mismo, pues de ello se sigue, como el día a la noche, que no podrás ser falso con nadie. Adiós. Mi bendición madure esto en ti.

LAERTES.—Humildemente de vos me despido.

POLONIO.—El tiempo te llama. Corre, los criados esperan.

LAERTES.—Adiós, Ofelia, y recuerda bien lo que te he dicho.

OFELIA.—Lo he encerrado en la memoria, y tú guardarás la llave.

LAERTES.—Adiós.

(Sale.)

POLONIO.—¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.—Con permiso, una cosa del Príncipe Hamlet

POLONIO.—Vaya, ha hecho bien. Me han dicho que últimamente te dedica mucho tiempo y que tú le dispensas tu atención con gran esplendidez. Si es así, como me han insinuado a modo de aviso, debo decirte que no parece comprender con claridad tu lugar como hija mía ni tu honra. ¿Qué hay entre vosotros? Dime la verdad.

OFELIA.—Señor, últimamente me ha dado muchas muestras de su afecto.

POLONIO.—¿Afecto? ¡Bah! Veo que estás verde e inexperta en cuestión tan peligrosa. ¿Crees en sus muestras, como tú las llamas?

OFELIA.—Señor, no sé qué pensar.

POLONIO.—Pues yo te enseñaré. Considérate una niña al haber dado por valiosas unas muestras que no son de ley. Muéstrate más cauta o, por no agotar el término acosándolo, harás que yo sea muestra de idiotez.

OFELIA.—Señor, me ha galanteado de un modo decoroso.

POLONIO.—Ya, a modo de capricho. ¡Vamos, vamos!

OFELIA.—Y me ha corroborado sus palabras con todos los divinos juramentos.

POLONIO.—Sí, cepos para pájaros. Sé bien que, cuando arde la sangre, el alma se prodiga en juramentos. Hija, esas llamaradas, que dan más luz que calor y se extinguen cuando parece que prometen, no las tomes por fuego. Desde ahora, hija, escatima un poco más tu virginal presencia, haz que tus encuentros exijan algo más que la orden de acudir. Respecto a Hamlet, créele en la medida en que es joven, y piensa que el ronزال con que se mueve es mucho más largo que el tuyo. En suma, Ofelia, no creas sus juramentos, pues son intermediarios de distinto color del que los

viste, abogados de causas impías, que se expresan como santos y piadosos alcahuetes para seducirte mejor. No lo repetiré: hablando claro, no quiero que en adelante deshonres ni un momento de tu ocio conversando con el Príncipe Hamlet. Haz lo que te digo. Vamos, ven.

OFELIA.—Os obedeceré, señor.

(Salen.)

ESCENA IV

Explanada delante del Palacio. Noche oscura.

(Entran Hamlet, Horacio y Marcelo.)

HAMLET.—El viento corta implacable. Hace mucho frío.

HORACIO.—Este viento hiela y te traspasa.

HAMLET.—¿Qué hora es?

HORACIO.—Creo que casi las doce.

MARCELO.—No, ya las han dado.

HORACIO.—¿Ah, sí? No he oído nada. Entonces se acerca la hora en que el espectro acostumbra a vagar.

(Toque de trompetas y dos salvas.)

¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.—El rey trasnocha y alza el codo, está de borrachera, baila como un remolino y, cada vez que se atiza su vino del Rin, rebuznan las trompetas y timbales celebrando su brindis.

HORACIO.—¿Es la costumbre?

HAMLET.—Vaya que sí. Pero, a mi juicio y aunque vine al mundo aquí y estoy hecho a ella, es una costumbre que más honra perder que conservar.

(Entra el Espectro.)

HORACIO.—¡Mirad, señor, ahí viene!

HAMLET.—¡Los ángeles del cielo nos protejan! Seas espíritu del bien o genio maldito, traigas auras celestiales o rachas del infierno, sean tus propósitos malvados o benignos, tu aspecto tanto mueve a preguntar que voy a hablarte. Te llamaré Hamlet, rey, padre, excelso danés. ¡Ah, contesta! No me dejes que estalle en la ignorancia, sino dime por qué tus restos consagrados han roto su mortaja, por qué el sepulcro al que en calma descendiste abre ahora sus pesadas mandíbulas de mármol para arrojarte de sí. ¿Qué puede suceder para que tú, estando muerto, bajo la tenue luna aparezcas otra vez revestido de acero, llenando la noche de espanto, y a nosotros, juguetes de la vida, nos perturbes con pensamientos que rebasan nuestra mente? ¿Por qué? Di. ¿Por qué razón? ¿Qué hemos de hacer?

(El Espectro le hace señas.)

HORACIO.—Os llama para que le sigáis, como si quisiera haceros una confidencia.

MARCELO.—Mirad, con un gesto cortés os llama a un lugar más apartado. ¡No vayáis!

HORACIO.—No, de ningún modo.

HAMLET.—Se niega a hablar. Tengo que seguirle.

HORACIO.—¡Señor, no!

HAMLET.—Pero, ¿a qué viene el miedo? Mi vida no vale para mí ni un alfiler y, en cuanto a mi alma, ¿qué puede él hacerle si es tan inmortal como él mismo? Me vuelve a llamar. Voy a seguirle.

HORACIO.—Señor, ¿y si os condujese hacia las aguas o a la espantosa cima de la roca que se descuelga amenazante sobre el mar y adoptase alguna forma aterradora que os privara del poder de la razón y os llevase a la locura? Pensadlo bien.

HAMLET.—Me sigue llamando. Ya voy, te sigo.

MARCELO.—No debéis ir, señor.

HAMLET.—¡Quítame las manos!

HORACIO.—Hacednos caso, no vayáis.

HAMLET.—Me llama el destino, y la más fina arteria de este cuerpo es tan potente cual las fibras del león de Nemea^[6]. Aún me hace señas. ¡Soltadme, señores! Por Dios, que a quien me pare volveré un espectro. ¡Fuera ya! Vamos, te sigo.

(Salen el Espectro y Hamlet.)

HORACIO.—Sus fantasías le trastornan.

MARCELO.—Sigámosle. No conviene obedecerle.

HORACIO.—Vamos tras él. ¿Adónde puede llevar esto?

MARCELO.—Algo podrido hay en Dinamarca.

HORACIO.—El cielo dispondrá.

MARCELO.—Nosotros sigámosle.

(Salen.)

ESCENA V

Parte remota cercana al mar. Vista a lo lejos del Palacio de Elsinore.

(Entran el Espectro y Hamlet.)

HAMLET.—¿Adónde me llevas? No pienso seguir.

ESPECTRO.—Escúchame.

HAMLET.—Habla.

ESPECTRO.—Se acerca la hora en que he de entregarme al tormento de las llamas sulfúreas.

HAMLET.—¡Ah, pobre ánima!

ESPECTRO.—No me compadezcas, sino presta oído atento a lo que voy a revelarte.

HAMLET.—Habla, he de oírte.

ESPECTRO.—Y habrás de vengarme cuando oigas.

HAMLET.—¿Qué?

ESPECTRO.—Soy el alma de tu padre, condenada por un tiempo a vagar en la noche y a ayunar en el fuego por el día mientras no se consuman y purguen los graves pecados que en vida cometí. Si no me hubieran prohibido revelar los secretos de mi cárcel, oirías una historia cuya más leve palabra desgarraría tu alma, te helaría la sangre, como estrellas te haría saltar los ojos de sus órbitas, y erizaría tu liso cabello, poniendo de punta cada pelo, como púas de aterrado puercoespín. Pero esta proclamación del más allá no es para oídos de mortales. ¡Ah, Hamlet, escucha! Si alguna vez quisiste a tu padre...

HAMLET.—¡Santo Dios!

ESPECTRO.—... venga su inmundo y monstruoso asesinato.

HAMLET.—¡Asesinato!

ESPECTRO.—Inmundo asesinato como todos, pero éste hartó inmundo, inusitado y monstruoso.

HAMLET.—Vamos, cuéntamelo ya y, con alas tan veloces como el meditar o el amoroso pensamiento, correré a la venganza.

ESPECTRO.—Te veo dispuesto; si no reaccionases, serías más insensible que la planta que lánguida se pudre en la inacción a orillas del Leteo^[7]. Óyeme, Hamlet. Propagaron que, durmiendo en el jardín, me mordió una serpiente: con una historia falsa de mi muerte burdamente han engañado a toda Dinamarca. Mas atiende, noble hijo: la serpiente que arrancó la vida de tu padre lleva ahora su corona.

HAMLET.—¡Ah, mi alma profética! ¿Mi tío?

ESPECTRO.—Sí, esa bestia incestuosa, ese adúltero, con su astuta brujería y sus pérfidas prendas (¡ah, astucia que daña, prendas que seducen!) se atrajo a su lascivia

ignominiosa el deseo de una reina honesta en apariencia. ¡Oh, Hamlet, qué deslealtad! Conmigo, cuyo amor fue siempre tan perfecto que iba en armonía con las promesas que le hice al desposarla, para hundirse con un mísero cuyas dotes naturales eran pobres al lado de las mías. Pero si la virtud no se deja seducir aunque el vicio la tienta bajo forma divina, la lujuria, aunque unida a un ángel radiante, se sacia en un lecho celestial y se ceba en la inmundicia. Espera. Creo que siento el olor de la mañana. He de ser breve. Durmiendo en el jardín, como era mi costumbre por la tarde, tu tío, a esa hora insospechada, se acercó sigiloso con un frasco de esencia ponzoñosa y vertió en los portales de mi oído el tósigo ulcerante, cuyo efecto a la sangre del hombre es tan hostil que al punto recorre como azogue las venas y conductos corporales y con súbito poder cuaja y coagula, como gotas de ácido en la leche, la sangre más fluida y saludable. Lo hizo con la mía y al instante me vi como un leproso, mi piel lisa arrugada en una costra infecta y repugnante. Así, mientras dormía, el acto de un hermano de un golpe me arrancó vida, corona, esposa, me segó en la flor de mis pecados, sin viático, asistencia, extremaunción y, mis cuentas sin rendir, me envió a juicio con todas mis imperfecciones sobre mí. ¡Fue horrendo, horrendo, harto horrendo! Si tienes sentimientos, no lo sufras; no consientas que el tálamo real de Dinamarca sea lecho de lujuria y vil incesto. Mas, cualquiera que sea tu proceder, no ensucies tu alma, ni acometas ninguna acción contra tu madre. Déjala al cielo y a las espinas que, clavadas, le hieren su propio corazón. Adiós ya. La luciérnaga anuncia la mañana: su llama mortecina palidece. Adiós, adiós, Hamlet. Acuérdate de mí.

(Sale.)

HAMLET.—¡Ah, legiones celestiales! ¡Ah, tierra! ¿Qué más? ¿Añadiré el infierno? ¡No! Resiste, corazón, y vosotras, mis fibras, no envejecáis y mantenedme firme. ¿Acordarme de ti? Sí, pobre ánima, mientras resida memoria en mi turbada cabeza. ¿Acordarme de ti? Sí, de la tabla del recuerdo borraré toda anotación ligera y trivial, máximas de libros, impresiones, imágenes que en ella escribieron juventud y observación, y sólo tus mandatos viviran en mi libro del cerebro, sin mezcla de asuntos menos dignos. ¡Sí, sí, por el cielo! ¡Ah, perversa mujer! ¡Ah, infame, infame, maldito infame sonriente! Mi cuaderno, mi cuaderno; he de anotarlo: uno puede sonreír y sonreír, siendo un infame. Al menos, seguro que es posible en Dinamarca. Bueno, tío, ahí tienes. Y ahora, mi consigna: «Adiós, adiós, acuérdate de mí.» Lo he jurado.

HORACIO y MARCELO.—*(Dentro.)* ¡Señor, señor!

(Entran Horacio y Marcelo.)

MARCELO.—¡Príncipe Hamlet!

HORACIO.—Que Dios le proteja.

HAMLET.—Así sea.

HORACIO.—¡Eh oh! ¡Eh oh, señor!

HAMLET.—¡Hucho, hucho oh! ¡Vuelve, pájaro!

MARCELO.—¿Cómo estáis, noble señor?

HORACIO.—¿Qué ha ocurrido, señor?

HAMLET.—¡Ah, qué prodigio!

HORACIO.—Mi buen señor, contadlo.

HAMLET.—No, que lo divulgaréis.

HORACIO.—Yo no, señor, por el cielo.

MARCELO.—Ni yo, señor.

HAMLET.—¿Qué me decís? ¿Quién pensaría que...? ¿Guardaréis el secreto?

HORACIO y MARCELO.—Sí, por el cielo.

HAMLET.—No hay un solo canalla en Dinamarca que no sea un pillo redomado.

HORACIO.—Señor, para oír eso no hace falta que salga de la tumba espectro alguno.

HAMLET.—Sí, claro, desde luego. Entonces, sin más ceremonia, es mejor que nos demos la mano y nos vayamos: vosotros, adonde os lleven vuestros asuntos y deseos, pues cada cual tiene sus asuntos y deseos, los que sean; en cuanto a mí, ¿sabéis?, me voy a rezar.

HORACIO.—Señor, habláis sin orden ni medida.

HAMLET.—Siento haberte ofendido, de veras, lo siento de veras.

HORACIO.—No hay ofensa, señor.

HAMLET.—Por San Patricio, sí que hay ofensa, Horacio, y mucha. En cuanto a esta aparición, es un espectro de verdad, os lo aseguro. Por lo que hace a vuestro deseo de saber lo que me ha dicho, dominadlo. Y ahora, pues sois amigos y hombres de armas y letras, concededme un humilde favor.

HORACIO.—Sí, señor. ¿Cuál?

HAMLET.—No revelar lo que habéis visto esta noche.

HORACIO y MARCELO.—No lo haremos, señor.

HAMLET.—Pues juradlo.

HORACIO.—Juro que no, señor.

MARCELO.—Juro que no, señor.

HAMLET.—Sobre mi espada.

MARCELO.—Señor, ya hemos jurado.

HAMLET.—Vamos, sobre mi espada^[8]. Vamos.

(Grita el Espectro bajo el escenario.)

ESPECTRO.—¡Jurad!

HAMLET.—¡Ajá, muchacho! ¿Tú también? ¿Estás ahí, buen hombre? —Vamos, ya oís al del sótano. Prestaos a jurar.

HORACIO.—Proponed el juramento, señor.

HAMLET.—No decir jamás lo que habéis visto. Jurad sobre mi espada.

ESPECTRO.—¡Jurad!

(Juran.)

HAMLET.—*Hic et ubique*^[9]? Pues cambiemos de sitio. Venid, señores y volved a poner vuestras manos en mi espada: no decir jamás lo que habéis oído. Jurad sobre mi espada.

ESPECTRO.—¡Jurad!

(Juran.)

HAMLET.—Muy bien, viejo topo. ¡Qué rápido escarbas! ¡Vaya zapador! — Cambiemos de nuevo, amigos.

HORACIO.—¡Día y noche, esto es harto extraño!

HAMLET.—Pues igual que al extraño, acógelo bien. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña nuestra filosofía. Vamos, como antes: jurad que nunca, Dios mediante, por rara o extraña que sea mi conducta (pues tal vez desde ahora crea conveniente adoptar un talante estrafalario), si me veis en tal tesitura, jamás, doblando así los brazos, meneando la cabeza o diciendo expresiones equívocas, como «Nosotros lo sabemos», o «Queriendo, podríamos», o «Si fuésemos a hablar» o «Los hay que si pudieran», mostrando con frases tan ambiguas que sabéis algo de mí... Jurad que, Dios mediante y toda la gracia divina, no haréis nada de eso.

ESPECTRO.—¡Jurad!

(Juran.)

HAMLET.—¡Descansa, ánimo inquieta! —Señores, de corazón a vosotros me encomiendo; y todo lo que un ser tan humilde como Hamlet pueda hacer por demostraros su estima, si Dios quiere, nunca faltará. Entremos todos. Y, os lo ruego, el dedo siempre en el labio. Los tiempos se han dislocado. ¡Cruel conflicto, venir yo a este mundo para corregirlos! Venid. Vamos todos.

(Salen.)

ACTO SEGUNDO



ESCENA I

En casa de Polonio.

(Entran Polonio y Reinaldo.)

POLONIO.—Dale este dinero y estas notas, Reinaldo.

REINALDO.—Sí, señor.

POLONIO.—Obrarás con prudencia, buen Reinaldo, si, antes de visitarle, te informas de su género de vida.

REINALDO.—Señor, es lo que iba a hacer.

POLONIO.—Estupendo, estupendo. Atiende: primero averigua cuántos daneses hay en París, y cómo, quién, qué medios, dónde viven, sus compañías, sus gastos; y así, con estos rodeos y preámbulos, cuando veas que conocen a mi hijo, más cerca estarás que si preguntas por él directamente. Finge, es un decir, que le conoces a lo vago, diciendo: «Conozco a su padre y a los suyos, y un poco a él.» ¿Te fijas, Reinaldo?

REINALDO.—Perfectamente, señor.

POLONIO.—«Y un poco a él, pero», y añades, «no mucho, aunque si es el que pienso, es un juerguista, muy dado a esto y aquello». Entonces le imputas los cuentos que te plazcan. Bueno, no tan graves que puedan deshonorarle, de eso guárdate; sólo los deslices bulliciosos y alocados que notoria y comúnmente se asocian con la libre juventud.

REINALDO.—¿Como el juego, señor?

POLONIO.—Sí, o la bebida, la esgrima, la blasfemia, las peleas, las rameras... Hasta ahí.

REINALDO.—Señor, eso le deshonoraría.

POLONIO.—Pues no, mientras moderes los cargos. No le hagas imputaciones de otro modo, diciendo que es muy dado al desenfreno, eso no: tú habla de sus faltas con tal arte que parezcan las lacras de su libertad, el estallido de un ánimo fogoso, la braveza de una sangre indómita que a todos les asalta.

REINALDO.—Pero, señor...

POLONIO.—¿Por qué todo esto?

REINALDO.—Sí, señor. Desearía saberlo.

POLONIO.—Pues, mira, te explico mi intención, y entiendo que la maña es legítima. Achacándole a mi hijo esas leves faltas como si fueran polvo del camino, fíjate, si aquel a quien pretendes sondear ha visto que el joven de quien hablas es culpable de las lacras antedichas, seguro que concuerda contigo como sigue: «Señor» o algo así, «amigo», o «caballero», con arreglo a la expresión y el título de la persona y el país.

REINALDO.—Entendido, señor.

POLONIO.—Y entonces él va y... él va y... ¿Qué iba yo a decirte? Por la misa, que iba a decir algo. ¿Dónde me he quedado?

REINALDO.—En «concuerta como sigue», en «amigo o algo así», en «caballero».

POLONIO.—En «concuerta como sigue». ¡Eso es! Él concuerta diciéndote: «Conozco al caballero, le vi ayer, o el otro día, el otro o el otro, con éste y aquél, y, como decís, estaba jugando, o inundado de bebida, o discutiendo en el tenis^[10]»; o te dice: «Le vi entrar en tal casa de trato», es decir, un burdel, y así. ¿Te das cuenta? Con un cebo de mentiras pescas el pez de la verdad. Así es como los hombres prudentes y capaces, con rodeos y requilorios, desviándonos damos con la vía. Y tú, siguiendo mi enseñanza y mi consejo, lo lograrás con mi hijo. ¿Entendido?

REINALDO.—Perfectamente, señor.

POLONIO.—Entonces, ve con Dios.

REINALDO.—(*Despidiéndose.*) Mi señor...

POLONIO.—Observa tú mismo su conducta.

REINALDO.—Sí, señor.

POLONIO.—Y que siga con su música.

REINALDO.—Muy bien, señor. (*Se va.*)

(*Entra Ofelia.*)

POLONIO.—Adiós. —¿Qué hay, Ofelia? ¿Qué pasa?

OFELIA.—¡Ah, señor, me he asustado tanto!

POLONIO.—Por Dios, ¿cómo ha sido?

OFELIA.—Señor, mientras cosía en mi aposento, aparece ante mí el Príncipe Hamlet con el jubón desabrochado, sin sombrero con las calzas sucias y caídas, como argollas al tobillo, más pálido que el lino, temblando las rodillas, y el semblante tan triste en su expresión que parecía huido del infierno para hablar de espantos.

POLONIO.—¿Está loco por ti?

OFELIA.—Señor, no lo sé, pero lo temo.

POLONIO.—¿Qué te dijo?

OFELIA.—Me agarró de la muñeca y me apretó. Entonces extendió todo su brazo y con la otra mano haciendo de visera se puso a escudriñarme la cara, cual si fuera a dibujarla. Así, un buen rato. Al final, sacudiéndome el brazo levemente y alzando y bajando así tres veces la cabeza, lanzó un suspiro tan profundo y lastimero que pareció destrozarle todo el cuerpo y acabar con su existencia. Entonces me soltó y, vuelta la cabeza sobre el hombro, parece que encontró el camino sin mirar, pues salió sin ayuda de los ojos y los tuvo en mí clavados hasta el fin.

POLONIO.—Anda, ven conmigo. Voy a ver al rey. Eso es el delirio del amor, que por su propia violencia se aniquila y lleva a las acciones más desesperadas, como sucede cada vez con las pasiones que tanto nos afligen. Siento... ¿Le has hablado con

dureza últimamente?

OFELIA.—No, señor. Sólo cumplí vuestras órdenes: le devolví sus cartas y rechacé su presencia.

POLONIO.—Eso le ha enloquecido. Siento no haber acertado al observarle. Pensé que jugaba contigo y que sería tu perdición. ¡Malditos mis celos! Parece natural en la vejez excedernos en la desconfianza, igual que es propio de los jóvenes andar escasos de juicio. Ven, vamos con el rey. Esto ha de saberse, que obrar con sigilo traerá más desgracia que enojo el decirlo.

(Salen.)

ESCENA II

Salón de Palacio.

(Entran el Rey, la Reina, Rosencrantz, Guildenstern y otros.)

REY.—Bienvenidos, Rosencrantz y Guildenstern. Además de lo mucho que ansiábamos veros, os mandamos llamar a toda prisa porque os necesitábamos. Habéis oído hablar de la transformación de Hamlet: la llamo así puesto que no parece el mismo, ni por fuera ni por dentro. Qué pueda ser, si no es la muerte de su padre, lo que le tiene tan fuera de sí, no acierto a imaginarlo. Os ruego a los dos que, habiéndoos criado con él desde la infancia y conociendo tan de cerca su carácter, accedáis a quedaros en la corte por un tiempo, de modo que vuestra compañía le aporte distracción y permita averiguar, mediando ocasiones favorables, si algo ignorado le perturba que, descubierto, podamos remediar.

REINA.—Caballeros, él ha hablado mucho de vosotros y me consta que no hay dos en todo el mundo a quien tenga más afecto. Si os complace mostrar la cortesía y gentileza de pasar algún tiempo con nosotros en ayuda y cumplimiento de nuestra esperanza, vuestra visita recibirá la gratitud que a la real largueza corresponde.

ROSENCRANTZ.—El poder soberano de Vuestras Majestades puede hacernos cumplir vuestros augustos deseos sin tener que suplicarnos.

GUILDENSTERN.—Con todo, obedecemos y nos brindamos con toda nuestra entrega, poniendo a vuestros pies nuestros servicios y aguardando vuestras órdenes.

REY.—Gracias, Rosencrantz y noble Guildenstern.

REINA.—Gracias, Guildenstern y noble Rosencrantz. Os suplico que al instante visitéis a mi hijo, ahora tan cambiado. —Que uno de vosotros lleve a estos señores donde esté Hamlet.

GUILDENSTERN.—¡Quiera Dios que nuestra presencia y nuestro esfuerzo le sirvan de alivio y ayuda!

REINA.—Así sea.

(Salen Rosencrantz y Guildenstern con un criado. Entra Polonio.)

POLONIO.—Señor, nuestros embajadores han vuelto felizmente de Noruega.

REY.—Siempre fuisteis portador de buenas nuevas.

POLONIO.—¿Lo creéis, señor? Os aseguro, Majestad, que tanto mi lealtad como mi alma están al servicio de Dios y de mi rey. Y creo, a no ser que este mi cerebro ya no siga el rastro de la astucia tan bien como solía, que he encontrado la causa de la insania de Hamlet.

REY.—Decídmela, que ansío conocerla.

POLONIO.—Primero, recibid a los embajadores. Mi noticia será el postre del

banquete.

REY.—Pues honrad los entrantes y traedlos.

(Sale Polonio.)

Mi reina, dice que ya ha averiguado la causa del trastorno de tu hijo.

REINA.—Temo que ya la conozcamos: la muerte de su padre y nuestra boda apresurada.

REY.—Bien, le sondearemos.

(Entran Polonio, Voltemand y Cornelio.)

Bienvenidos, amigos. ¿Qué hay de nuestro hermano el noruego?

VOLTEMAND.—Os devuelve complacido deseos y saludos. Así que nos oyó, ordenó que detuviesen las levadas del sobrino, que él había tomado por un reclutamiento contra el rey de Polonia, pero que, tras indagaciones, resultó que apuntaban contra Vuestra Majestad. Así, dolido al ver que se habían aprovechado de su afección, vejez y decaimiento, ordenó a Fortinbrás que desistiera. Éste al punto obedeció, fue reprimido por el rey, y al final le hizo promesa de no volver a tomar armas contra vos, ante lo cual, lleno de gozo, el rey noruego le dio una anualidad de tres mil coronas y permiso para usar sus tropas reclutadas contra el rey de Polonia, con el ruego, consignado en este documento, de que os dignéis conceder paso franco por vuestros dominios a esta expedición, con tales garantías y licencias como en él se recogen.

REY.—Me complace, y en tiempo conveniente he de leer, contestar y ponderar todo este asunto. Mientras, gracias por empresa tan lograda. Id a descansar; por la noche, venid al festín. Sed muy bienvenidos.

(Salen los embajadores.)

POLONIO.—El asunto acabó bien. Mi soberano, mi reina, controvertir qué pueda ser la majestad, el deber, por qué el día es día, la noche noche, y el tiempo tiempo, sería perder noche, día y tiempo. Así que, pues lo breve es el alma del buen juicio y lo extenso, los miembros y adornos exteriores, seré breve. Vuestro noble hijo está loco. Digo «loco», pues, para definir la locura, ¿no tendría uno que estar loco? Pero dejemos esto.

REINA.—Más sustancia y menos arte.

POLONIO.—Señora, os juro que hablo sin arte. Que está loco es cierto; es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto... ¡Qué torpe figura! Ya basta, que no pienso hablar con arte. Admitamos que está loco; sólo resta averiguar la causa del efecto o, mejor dicho, la causa del defecto, pues el efecto defectivo tiene causa. Por tanto, sólo resta... Lo restante, por tanto... Ponderad. Tengo una hija (la tengo mientras sea mía) que, fijaos, en su lealtad y obediencia, me ha entregado esto. Sacad vuestras conclusiones.

(Lee la carta.)

«Al ídolo de mi alma, la celestial y hermoseedada Ofelia ... » Este término es horrible, infame; «hermoseedada» es un término infame. Pero escuchad: «... esta carta; a su blanquísimo pecho, esta carta».

REINA.—¿Es Hamlet quien se lo ha escrito?

POLONIO.—Tened paciencia, señora. Voy a leerla fielmente.

*«Duda que ardan los astros,
duda que se mueva el sol^[11],
duda que haya verdad,
mas no dudes de mi amor.*

¡Ah, querida Ofelia! Los versos se me dan mal. No tengo arte para medir mis lamentos. Pero que te amo más que a nadie, mucho más, créelo. Adiós. Tuyo siempre, queridísima amada mientras mi cuerpo sea mío, Hamlet.»

Esto me lo ha mostrado mi obediente hija y, además, a mi oído ha confiado todos sus galanteos, tal como sucedieron en tiempo, modo y lugar.

REY.—Y ella, ¿cómo le ha respondido?

POLONIO.—¿Qué opináis de mí?

REY.—Que sois hombre leal y de bien.

POLONIO.—Procuro serlo. ¿Qué habríais pensado si, cuando vi en acción su amor ardiente (pues yo me percaté, tenedlo en cuenta, antes que mi hija me avisara); qué habríais pensado vos o mi querida Majestad, la reina, si yo hubiera sido el cuaderno de sus notas, o me hubiera hecho el distraído, o no hubiera dado importancia a estos amores? ¿Qué habríais pensado? No, yo no perdí el tiempo y le hablé a mi jovencita de este modo: «El Príncipe Hamlet no es de tu esfera; esto se acabó.» Entonces le ordené que si él venía a verla se encerrara, no admitiera sus mensajes, ni recibiera prendas. Lo hizo, y mi consejo le dio fruto, pues, para abreviar, al verse por ella rechazado, le entró melancolía, después inapetencia, después insomnio, después debilidad, después mareos y, siguiendo este declive, la locura que le hace delirar y que todos lamentamos.

REY.—¿Tú crees que es eso?

REINA.—Tal vez. Es Posible.

POLONIO.—Decidme, ¿ha ocurrido alguna vez que yo haya dicho con certeza «Es tal cosa» y me haya equivocado?

REY.—Que yo sepa, no.

POLONIO.—(Señalando su cabeza y sus hombros.) Separad ésta de aquí si me equivoco. Habiendo indicios que me guíen, daré con la verdad, aunque se oculte en el centro de la tierra.

REY.—¿Cómo podemos comprobarlo?

POLONIO.—Sabéis que a veces pasea largo rato por esta galería.

REINA.—Desde luego.

POLONIO.—La próxima vez, le suelto a mi hija. Vos y yo nos pondremos detrás de algún tapiz. Observad su encuentro. Si no está enamorado y por estarlo no ha perdido el juicio, haced que yo cese en mi puesto de gobierno y me ocupe de una granja y de sus cuadras.

REY.—Lo probaremos.

(Entra Hamlet leyendo un libro.)

REINA.—Mirad qué, absorto en su lectura viene el pobre.

POLONIO.—Retiraos, os lo ruego, retiraos. Voy a hablarle. Con permiso.

(Salen el Rey y la Reina.)

¿Cómo está mi Príncipe Hamlet?

HAMLET.—Bien, gracias.

POLONIO.—¿Sabéis quién soy, señor?

HAMLET.—Perfectísimamente: sois un pescadero.

POLONIO.—¿Yo? No, señor.

HAMLET.—Pues ojalá fueseis tan honrado.

POLONIO.—¿Honrado, señor?

HAMLET.—Claro: tal como va el mundo, ser honrado es ser uno entre diez mil.

POLONIO.—Muy cierto, señor.

HAMLET.—Pues si el sol cría gusanos en un perro muerto, que es carnaza digna de besar... ¿Tenéis una hija?

POLONIO.—Sí, señor.

HAMLET.—Que no salga al sol. Concebir es una dicha, mas no como pueda concebirlo vuestra hija. Amigo, cuidado.

POLONIO.—*(Aparte.)* ¿Qué te parece? Siempre con mi hija. Aunque al principio no me conoció: dijo que yo era pescadero. Está ido, ido. La verdad es que yo, en mi juventud, también sufrí penas de amor, casi tanto como él. Le hablaré otra vez. — ¿Qué leéis, señor?

HAMLET.—Palabras, palabras, palabras.

POLONIO.—¿De qué tratan, señor?

HAMLET.—¿Tratan, quién?

POLONIO.—Quiero decir lo que leéis, señor.

HAMLET.—Son calumnias, pues el satírico granuja dice aquí que los viejos tienen la barba cana, la cara llena de arrugas, los ojos segregando resina o savia de ciruelo, y que andan escasos de juicio y flojos de muslos. Todo lo cual, señor, aunque lo creo con firmeza y entereza, no me parece correcto escribirlo así. Vos mismo os volveríais de mi edad si pudierais andar para atrás como un cangrejo.

POLONIO.—*(Aparte.)* Será locura, pero con lógica. —¿Queréis pasar donde no

haga aire?

HAMLET.—¿A mi tumba?

POLONIO.—Ahí sí que no hace aire. (*Aparte.*) ¡Qué atinadas suelen ser sus respuestas! La locura acierta a veces cuando el juicio y la cordura no dan fruto. Voy a dejarte, y en seguida urdiré el modo de que se encuentre con mi hija. —Honorable señor, humildemente pido licencia para retirarme.

HAMLET.—No podéis pedirme nada que yo no os dé con mayor gusto; salvo mi vida, mi vida.

POLONIO.—Adiós, señor.

HAMLET.—¡Viejos tontos y cargantes!

(*Entran Rosencrantz y Guildenstern.*)

POLONIO.—Si buscáis al Príncipe Hamlet, ahí está.

ROSENCRANTZ.—(*A Polonio.*) Id con Dios, señor.

(*Sale Polonio.*)

GUILDENSTERN.—¡Respetable señor!

ROSENCRANTZ.—¡Queridísimo señor!

HAMLET.—¡Mis magníficos amigos! ¿Qué tal, Guildenstern? ¡Ah, Rosencrantz! ¿Cómo estáis, muchachos?

ROSENCRANTZ.—Igual que el común de los mortales.

GUILDENSTERN.—Contentos de no pasar de contentos: del gorro de la Fortuna no somos la borla.

HAMLET.—¿Ni las suelas de sus zapatos?

ROSENCRANTZ.—Tampoco, señor.

HAMLET.—Entonces vivís por su cintura o en el centro de sus favores.

GUILDENSTERN.—En su intimidad.

HAMLET.—¿Así que en sus partes? ¡Ah, claro! Es una golfa. ¿Qué hay de nuevo?

ROSENCRANTZ.—Nada, señor: que el mundo se ha vuelto honrado.

HAMLET.—Estará cerca el Día del Juicio. No, vuestra noticia no es cierta. Dejad que os pregunte con más precisión. ¿Qué habéis hecho, queridos amigos, para que la Fortuna os traiga a esta cárcel?

GUILDENSTERN.—¿Cárcel, señor?

HAMLET.—Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRANTZ.—Entonces lo es el mundo.

HAMLET.—Sí, una cárcel espléndida, con muchas celdas, encierros y calabozos, y Dinamarca es de los peores.

ROSENCRANTZ.—No somos de esa opinión, señor.

HAMLET.—Porque no lo es para vosotros, pues no hay nada bueno ni malo: nuestra opinión le hace serlo. Para mí es una cárcel.

ROSENCRANTZ.—Así lo ve vuestra ambición: es poco país para vuestro ánimo.

HAMLET.—¡Dios santo! Encerrado en una cáscara de nuez me tendría por rey del espacio infinito, si no fuera porque tengo malos sueños.

GUILDENSTERN.—Sueños que son ambición, pues la esencia del ambicioso es la sombra de un sueño.

HAMLET.—Y un sueño es una sombra.

ROSENCRANTZ.—Cierto, y considero a la ambición de sustancia tan etérea que sería la sombra de una sombra.

HAMLET.—Entonces los mendigos son cuerpos, y los reyes y los héroes engolados, sombras de mendigos. ¿Vamos a la corte? Más no puedo discurrir.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Os acompañaremos.

HAMLET.—De ningún modo. No pienso mezclarlos con mis sirvientes, pues, para ser sincero, estoy pésimamente atendido. Pero, pon la franqueza de nuestra amistad, ¿qué hacéis en Elsinore?

ROSENCRANTZ.—Visitaros, señor, nada más.

HAMLET.—Pobre como soy, no tengo ni gracias para dar. Pero os lo agradezco, aunque mi gratitud no valga un centavo. ¿No os han hecho venir? ¿Fue iniciativa vuestra? ¿Es visita voluntaria? Vamos, sed sinceros conmigo. Venga, vamos, hablad ya.

GUILDENSTERN.—¿Qué vamos a decir, señor?

HAMLET.—Lo que sea, con tal que haga al caso. Os han hecho venir: hay en vuestra mirada una confesión que vuestro pudor no es capaz de disfrazar. Sé que los buenos reyes os han hecho venir.

ROSENCRANTZ.—¿Con qué fin, señor?

HAMLET.—Eso decídmelo vosotros. Mas permitid que os conjure, por los derechos de nuestro compañerismo, por la armonía de nuestros años mozos, por la obligación de una amistad tan duradera y por todo lo que otro podría proponer: sed abiertos y sinceros y decidme si os han hecho venir o no.

ROSENCRANTZ.—(*Aparte a Guildenstern.*) ¿Qué dices tú?

HAMLET.—Cuidado, que os vigilo. Si me apreciáis, no calléis.

GUILDENSTERN.—Señor, nos han hecho venir.

HAMLET.—Yo os diré por qué. Me adelantaré a lo que vais a revelarme y así no sufrirá menoscabo la discreción que prometisteis a los reyes. Últimamente, no sé por qué, he perdido la alegría, he dejado todas mis actividades; y lo cierto es que me veo tan abatido que esta bella estructura que es la tierra me parece un estéril promontorio. Esta regia bóveda, el cielo, ¿veis?, este excelso firmamento, este techo majestuoso adornado con fuego de oro, todo esto me parece nada más que una asamblea de emanaciones pestilentes e inmundas. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble en su raciocinio! ¡Qué infinito en sus potencias! ¡Qué perfecto y admirable en forma y movimiento! ¡Cuán parecido a un ángel en sus actos y a un dios en su entendimiento!

¡La gala del mundo, el arquetipo de criaturas! Y sin embargo, ¿qué es para mí esta quintaesencia del polvo? El hombre no me agrada; no, tampoco la mujer, aunque por tus sonrisas pareces creer que sí.

ROSENCRANTZ.—Señor, no había en mí tal pensamiento.

HAMLET.—Entonces, ¿por qué te has reído cuando he dicho que el hombre no me agrada?

ROSENCRANTZ.—Señor, de pensar en la cuaresma que les vais a dar a los cómicos. Los dejamos atrás cuando venían hacia aquí a ofreceros sus servicios.

HAMLET.—El que haga de rey será bienvenido; a su majestad le pagaré tributo. El caballero andante usará su espada y su rodela, el amante no suspirará en vano, el excéntrico acabará su papel en paz, el gracioso hará reír a los que pronto se disparan y la dama hablará sin cortapisas, que, si no, el verso suelto andará cojo. ¿Qué cómicos son éstos?

ROSENCRANTZ.—Los que tanto os agradaban: los actores de la ciudad.

HAMLET.—¿Cómo es que viajan? Siendo estables gozaban de más fama y beneficios.

ROSENCRANTZ.—Creo que les prohibieron actuar tras el reciente disturbio^[12].

HAMLET.—¿Y son tan renombrados como cuando yo estaba en la ciudad? ¿Tienen tanto público?

ROSENCRANTZ.—No, desde luego que no.

HAMLET.—¿Cómo es eso? ¿Es que están pasados?

ROSENCRANTZ.—No, se mantienen a su altura. Pero ha nacido una parvada de chiquillos, unos pollitos que chillan a más no poder y se les aplaude escandalosamente. Están de moda, y tanto se meten con los teatros populares, como ellos los llaman, que el galán de espada al cinto tiene miedo de la pluma y ya no vuelve a frecuentarlos.

HAMLET.—¿Así que chiquillos? ¿Quién los patrocina? ¿Cómo se mantienen? ¿Seguirán en el oficio cuando muden la voz? Y si luego acaban en los teatros populares, que será lo más probable si no hay otra cosa, ¿no dirán que sus poetas los malean obligándolos a criticar su propio futuro?

ROSENCRANTZ.—La verdad es que ha habido mucho ruido en ambas partes, y la gente no ve nada malo en provocarlos al debate. Durante un tiempo no se vendía un argumento en que no se enzarzasen autores contra actores.

HAMLET.—¿Es posible?

GUILDENSTERN.—Bueno, se ha vertido mucho ingenio.

HAMLET.—¿Y se llevan la palma los chiquillos?

ROSENCRANTZ.—Sí, señor, y a Hércules mismo con su carga^[13].

HAMLET.—Tan extraño no es, pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que en vida de mi padre le hacían muecas dan ahora veinte, cuarenta, cincuenta, cien ducados por

su retrato en miniatura. Voto a Dios, que hay algo anormal en todo esto, como podría demostrar la filosofía.

(Toque de trompetas.)

GUILDENSTERN.—Ahí están los cómicos.

HAMLET.—Caballeros, sed bienvenidos a Elsinore. Dadme la mano, vamos. A toda bienvenida corresponde ceremonia y cortesía. Permitid que cumpla con vosotros de este modo, no sea que mi acogida a los actores (que, os lo advierto, será espléndida) parezca más calurosa que la vuestra. Bienvenidos. Pero mi tío-padre y mi tía-madre se equivocan.

GUILDENSTERN.—¿En qué, mi señor?

HAMLET.—Yo sólo estoy loco con el nornoroeste; si el viento es del sur, distingo un pico de una picaza.

(Entra Polonio.)

POLONIO.—Mis saludos, caballeros.

HAMLET.—Escucha, Guildenstern, y tú también: a cada oído, un oyente. Esa gran criatura que veis ahí todavía va en pañales.

ROSENCRANTZ.—Será la segunda vuelta, pues dicen que el viejo vuelve a ser niño.

HAMLET.—Profetizo que viene a hablarnos de los cómicos. Atended... Tenéis razón, pues así fue el lunes por la mañana.

POLONIO.—Señor, tengo noticias para vos.

HAMLET.—Y yo noticias para vos. Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.—Señor, han llegado los actores.

HAMLET.—¡Ya, ya!

POLONIO.—Os lo juro...

HAMLET.—Cada actor llegó en su burro.

POLONIO.—Los mejores actores del mundo, tanto en lo trágico como en lo cómico, lo histórico, pastoril, cómico-pastoril, histórico-pastoril, trágico-histórico, trágico-cómico-histórico-pastoril, la obra unitaria o la pieza libre. Séneca no será tan grave ni Plauto tan leve^[14]. Se observen las reglas o se desatiendan, ellos no tienen igual.

HAMLET.—¡Ah, Jefté, juez de Israel^[15], qué tesoro tienes!

POLONIO.—¿Qué tesoro tenía?

HAMLET.—Pues,

*«Hija hermosa, nada más,
y la quería de verdad.»*

POLONIO.—*(Aparte.)* Y dale con mi hija.

HAMLET.—¿No estoy en lo cierto, Jefté?

POLONIO.—Señor, si me llamáis Jefté, sí que tengo una hija y la quiero de verdad.

HAMLET.—No, eso no se sigue.

POLONIO.—Pues, ¿cómo se sigue?

HAMLET.—Así: «Por azar, cual Dios dirá». Que sabéis que continúa: «Sucedió, como se vio...». Lo demás lo tenéis en la primera estrofa de la devota canción, que aquí llegan pasatiempos.

(Entran cuatro o cinco actores.)

Bienvenidos, señores, bienvenidos todos. —Me alegra verte tan bien. —Bienvenidos, amigos. —¡Mi viejo amigo! Te ha salido barba desde que te vi. ¿No te subirás a mis barbas aquí, en Dinamarca? —¡Ah, mi joven señora! Válgame, desde la última vez que os vi, vuestra merced se ha acercado al cielo en la altura de un chapín^[16]. Dios quiera que no hayas mudado la voz y suene a moneda falsa. —Señores, sed todos bienvenidos. Ahora, a lanzarse contra lo que salga, como cetreros franceses. Anda, a recitar. Venga, una prueba de tus dotes; vamos, un fragmento que conmueva.

ACTOR PRIMERO.—¿Cuál, señor?

HAMLET.—Te oí una vez recitar un fragmento que nunca se representó; a lo sumo, una sola vez. La obra, lo recuerdo bien, no gustó a la multitud, era caviar para el público. Pero, en mi sentir y en el de otros cuyo juicio en la materia pesa más que el mío, era una obra magnífica, bien concertada, y compuesta con tanta medida como arte. Recuerdo que alguien dijo que no había pimienta en los versos que los hiciera picantes, ni nada en el lenguaje que pudiera acusar al autor de afectación, sino que tenía un estilo comedido. En ella me gustaba más que nada un fragmento, el relato de Eneas a Dido, especialmente la parte que trata de la muerte de Príamo^[17]. Si aún vive en tu memoria, empieza donde dice... A ver, a ver:

«El áspero Pirro, cual la fiera hircana...»

No, así, no. Empieza con Pirro:

*«El áspero Pirro, con sable armadura,
negra cual su intento e igual que la noche
cuando en el funesto corcel iba oculto,
ha untado su negra y horrífica efigie
de heráldica infausta. De pies a cabeza
vestido de gules, hebras pavorosas
de sangre de padres, madres, hijas, hijos,
cocida y reseca por calles que abrasan
y dan una luz violenta y maldita
a su odiosa muerte. Quemado de furia
y fuego, cubierto de sangre cuajada,
carbunclos sus ojos, Pirro infernal busca
al anciano Príamo.»*

Sigue tú.

POLONIO.—Por Dios, que lo habéis dicho muy bien, con buena dicción y gran

mesura.

ACTOR PRIMERO.—

*«Al punto le halla
en vana ofensiva. Su espada vetusta
yace donde cae, hostil a sus órdenes,
rebelde a su brazo. En lid desigual
Pirro embiste a Príamo y yerra en su rabia,
pero con el soplo de su rudo acero
el anciano cae. La inánime Ilión^[18],
cual sintiendo el golpe, con torres en llamas
se viene a tierra, y su hórrido estruendo
a Pirro suspende: he ahí que su espada,
en trance de herir la nívea cabeza
del viejo patriarca, se paró en el aire.
Cual imagen de un tirano quedó Pirro,
quien, inmóvil entre propósito y acto,
no hacía nada.*

*Mas (tal como ocurre ante una tormenta,
el cielo callado, las nubes tranquilas,
los vientos en calma, y toda la tierra
muda cual la muerte), de pronto el trueno
estremece el aire; así, tras la pausa,
se excita otra vez la venganza de Pirro;
y nunca golpeó el martillo de un cíclope
con menos piedad la armadura de Marte,
de forja perpetua, que ahora golpea
a Príamo el arma sangrienta de Pirro.
¡Atrás, ramera Fortuna! ¡Oíd, dioses!
¡En santo concilio quitadle su fuerza,
rompedle a su rueda los radios y pinas,
haciendo que el cubo ruede desde el cielo
y caiga en el tártaro!»*

POLONIO.—Demasiado largo.

HAMLET.—Irá al barbero, junto con tu barba. —Sigue, te lo ruego. Éste sólo quiere mojigangas o cuentos verdes; si no, se duerme. Sigue. Llega a lo de Hécuba^[19].

ACTOR PRIMERO.—«Mas quien a la reina viese en su arrebozo...»

HAMLET.—¿«Arrebozo»?

POLONIO.—Está bien; «arrebozo» está bien.

ACTOR PRIMERO.—

«... corriendo descalza, un río de lágrimas
conminando al fuego; paño y no corona
sobre la cabeza; vestido su cuerpo,
flaco y extenuado de tanto engendrar,
con manta cogida en la prisa del miedo...
Quien todo esto viese, con voz venenosa
contra el poder de Fortuna se alzaría.
Hubiéranla visto entonces los dioses,
cuando ella vio a Pirro en cruel pasatiempo
cortando a su esposo en tristes pedazos,
a no ser que lo mortal no los conmueva,
el mero estallido de pena y dolor
habría hecho llorar a los ojos del cielo
y sufrir a los dioses».

POLONIO.—Mirad: se le altera el semblante y le brotan las lágrimas. —No sigas, te lo ruego.

HAMLET.—Ya basta. Pronto declamarás el resto. —Mi buen señor, ¿queréis cuidaros de hospedar bien a los actores? Oídmе: que sean bien tratados, pues son el compendio y la crónica del mundo. Más os vale un mal epitafio a vuestra muerte que sufrir en vida su censura.

POLONIO.—Señor, los trataré como se merecen.

HAMLET.—¡Cuerpo de Dios, mucho mejor! Tratad a cada uno como se merece y, ¿quién escapa al látigo? Tratadlos según vuestro honor y dignidad: cuanto menos merezcan, más mérito tendrá vuestra largueza. Acompañadlos.

POLONIO.—Venid, señores.

(Sale con todos los actores, menos el primero.)

HAMLET.—Seguidle, amigos. Mañana habrá función. —Oye, amigo, ¿podéis representar «El asesinato de Gonzago»?

ACTOR PRIMERO.—Sí, mi señor.

HAMLET.—Será para mañana noche. Si es preciso, ¿podrías aprenderte de memoria un fragmento de doce a dieciséis versos que yo puedo escribir e intercalar?

ACTOR PRIMERO.—Sí, mi señor.

HAMLET.—Muy bien. Sigue al caballero y no te burles de él.

(Sale el Actor Primero.)

Mis buenos amigos, hasta la noche. Sed bienvenidos a Elsinore.

ROSENCRANTZ.—*(Despidiéndose.)* Mi señor...

(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)

HAMLET.—Quedad con Dios. —Ahora ya estoy solo. ¡Ah, qué innoble soy, qué mísero canalla! ¿No afea mi conducta el que este actor, en su fábula, fingiendo

sentimiento, acomode su alma a una imagen al punto que su rostro palidezca, le broten lágrimas, el semblante se le mude, la voz se le entrecorte, y que aplique todo el cuerpo a la expresión de su imagen? Y todo por nada. ¿Por Hécuba? ¿Quién es Hécuba para él, o él para Hécuba, que le hace llorar? ¿Qué haría si tuviese el motivo y la llamada al sentimiento que yo tengo? Ahogar el teatro con sus lagrimas, atronar con su clamor los oídos del público, enloquecer al culpable y aterrar al inocente, pasmar al ignorante y suspender los sentidos de la vista y el oído. Mas yo, vil desgano, me arrastro en la apatía como un soñador, impasible ante mi causa y sin decir palabra; no, ni por un rey cuya vida, su bien máspreciado, fue ruinmente aniquilada. ¿Soy un cobarde? ¿Quién me llama infame, me da en la cabeza, me arranca la barba y me la sopla a la cara, me tira de la nariz, me acusa de embustero en cuerpo y alma? ¿Quién? ¡Voto a...! Lo sufriría. Pues seguro que soy dulce cual paloma y no tengo la hiel que encona los agravios, que, si no, ya habría cebado a los milanos del cielo con la asadura de este ruin. ¡Canalla inhumano rijoso, sensual, desleal, desnaturalizado! ¡Oh, venganza! ¡Ah, qué torpe soy! Sí. ¡Buen lucimiento! Yo, hijo de un padre querido al que asesinan, movido a la venganza por cielo e infierno, como una puta me desfogo con palabras y me pongo a maldecir como una golfa o vil fregona. ¡Ah, qué vergüenza! Actúa, cerebro. He oído decir que unos culpables que asistían al teatro se han impresionado a tal extremo con el arte de la escena que al instante han confesado sus delitos; pues el crimen, aunque es mudo, al final habla con lengua milagrosa. Haré que estos actores reciten algo como el crimen de mi padre en presencia de mi tío. Observaré sus gestos, le hurgaré la herida. Al menor sobresalto ya sé qué hacer. El espíritu que he visto quizá sea el demonio, cuyo poder le permite adoptar una forma atrayente; sí, y tal vez por mi debilidad y melancolía, pues es poderoso con tales estados, me engaña para condenarme. Quiero pruebas concluyentes: el teatro es la red que atraparé la conciencia de este rey.

(Sale.)

ACTO TERCERO



ESCENA I

Galería de Palacio.

(Entran el Rey, la Reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz y Guildenstern.)

REY.—¿Y a través de circunloquios no podéis averiguar por qué afecta ese trastorno y se crispa el sosiego a tal extremo con su demencia destemplada y peligrosa?

ROSENCRANTZ.—Reconoce que se siente perturbado, mas no hay modo de que diga por qué causa.

GUILDENSTERN.—Ni parece que se deje sondear: cuando queremos llevarle a que revele su estado verdadero, rehúye la ocasión con su locura fingida.

REINA.—¿Os acogió bien?

ROSENCRANTZ.—Como todo un caballero.

GUILDENSTERN.—Y, sin embargo, muy forzado.

ROSENCRANTZ.—Se resistía a conversar, mas respondió a nuestras preguntas sin reservas.

REINA.—¿Le animasteis con alguna distracción?

ROSENCRANTZ.—Señora, sucedió que, de camino, dejamos atrás a unos actores. Le hablamos de ellos y, por lo visto, se alegró con la noticia. Ahora ya se encuentran en la corte y creo que tienen el encargo de actuar esta noche en su presencia.

POLONIO.—Muy cierto, y me ha rogado que suplique a Vuestras Majestades que asistáis a la función.

REY.—Con toda el alma, y me complace sumamente que esté con ese ánimo. — Caballeros, alentadle un poco más y seguid llevándole hacia estas diversiones.

ROSENCRANTZ.—Sí, Majestad.

(Salen Rosencrantz y Guildenstern.)

REY.—Querida Gertrudis, déjanos tú también, pues hemos planeado que venga aquí Hamlet para que pueda encontrarse con Ofelia como por azar. Su padre y yo mismo, legítimos espías, haremos de tal modo que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar el encuentro con certeza y deducir de su conducta si lo que tanto le aqueja es realmente una afección amorosa.

REINA.—Te obedezco. —En cuanto a ti, Ofelia, me alegraría que la causa de la insania de Hamlet fueran tus encantos, como espero que, por el bien de los dos, tus virtudes le devuelvan al camino acostumbrado.

OFELIA.—Así lo espero, señora.

(Sale la Reina.)

POLONIO.—Ofelia, pasea por aquí. —Majestad, si os place, vamos a ocultarnos. —Tú lee este libro: tal muestra de recogimiento explicará tu soledad. —En esto no

obramos bien: como prueba la experiencia, con el rostro devoto y el acto piadoso hacemos atrayente al propio diablo.

REY.—(*Aparte.*) ¡Gran verdad! ¡Qué duro latigazo a mi conciencia! La cara de una golfa, repintada de color, no es más fea con el afeitado que se aplica que mis actos con mis falsas palabras. ¡Ah, qué pesada carga!

POLONIO.—Ya viene; retirémonos, señor. (*Salen el Rey y Polonio.*)

(*Entra Hamlet.*)

HAMLET.—Ser o no ser, esa es la cuestión: si es más noble para el alma soportar las flechas y pedradas de la áspera Fortuna o armarse contra un mar de adversidades y darles fin en el encuentro. Morir: dormir, nada más. Y si durmiendo terminaran las angustias y los mil ataques naturales herencia de la carne, sería una conclusión seriamente deseable. Morir, dormir: dormir, tal vez soñar. Sí, ese es el estorbo; pues qué podríamos soñar en nuestro sueño eterno ya libres del agobio terrenal, es una consideración que frena el juicio y da tan larga vida a la desgracia. Pues, ¿quién soportaría los azotes e injurias de este mundo, el desmán del tirano, la afrenta del soberbio, las penas del amor menospreciado, la tardanza de la ley, la arrogancia del cargo, los insultos que sufre la paciencia, pudiendo cerrar cuentas uno mismo con un simple puñal? ¿Quién lleva esas cargas, gimiendo y sudando bajo el peso de esta vida, si no es porque el temor al más allá, la tierra inexplorada de cuyas fronteras ningún viajero vuelve, detiene los sentidos y nos hace soportar los males que tenemos antes que huir hacia otros que ignoramos? La conciencia nos vuelve unos cobardes, el color natural de nuestro ánimo se mustia con el pálido matiz del pensamiento, y empresas de gran peso y entidad por tal motivo se desvían de su curso y ya no son acción. —Pero, alto: la bella Ofelia. Hermosa, en tus plegarias recuerda mis pecados.

OFELIA.—Mi señor, ¿cómo ha estado Vuestra Alteza todos estos días?

HAMLET.—Con humildad os lo agradezco: bien, bien, bien.

OFELIA.—Señor, aquí tengo recuerdos que me disteis y que hace tiempo pensaba devolveros. Os lo suplico, tomadlos.

HAMLET.—No, no. Yo nunca os di nada.

OFELIA.—Mi señor, sabéis muy bien que sí, y con ellos palabras de aliento tan dulce que les daban más valor. Perdida su fragancia, tomad vuestros presentes: para el ánimo noble, cuando olvida el donante se empobrecen sus dones. Tomad, señor.

HAMLET.—¡Ajá! ¿Eres honesta?

OFELIA.—¡Señor!

HAMLET.—¿Eres bella?

OFELIA.—¿Qué queréis decir?

HAMLET.—Que si eres honesta y bella, tu honestidad no debe permitir el trato con tu belleza.

OFELIA.—¿Puede haber mejor comercio, señor, que el de honestidad y belleza?

HAMLET.—Pues sí, porque la belleza puede transformar la honestidad en alcahueta antes que la honestidad vuelva honesta a la belleza. Antiguamente esto era un absurdo, pero ahora los tiempos lo confirman. Antes te amaba.

OFELIA.—Señor, me lo hicisteis creer.

HAMLET.—No debías haberme creído, pues la virtud no se puede injertar en nuestro viejo tronco sin que quede algún resabio. Así que no te amaba.

OFELIA.—Más me engañé.

HAMLET.—¡Vete a un convento! ¿Es que quieres criar pecadores? Yo soy bastante decente, pero puedo acusarme de cosas tales que más valdría que mi madre no me hubiese engendrado. Soy muy orgulloso, vengador, ambicioso, con más disposición para hacer daño que ideas para concebirlo, imaginación para plasmarlo o tiempo para cumplirlo. ¿Por qué gente como yo ha de arrastrarse entre la tierra y el cielo? Todos somos unos miserables: no nos creas a ninguno. Venga, vete a un convento. ¿Dónde está tu padre?^[20]

OFELIA.—En casa, señor.

HAMLET.—Cerrad bien las puertas, que sólo haga el bobo allí dentro. Adiós.

OFELIA.—¡El cielo le asista!

HAMLET.—Si te casas, sea mi dote esta maldición: serás más casta que el hielo y más pura que la nieve, y no podrás evitar la calumnia. Vete a un convento, anda, adiós. O si es que has de casarte, cástate con un tonto, pues el listo sabe bien los cuernos que ponéis, A un convento, vamos, deprisa. Adiós.

OFELIA.—¡Santos del cielo, curadle!

HAMLET.—Sé muy bien lo de vuestros afeites. Dios os da una cara y vosotras os hacéis otra. Andáis a saltitos o pausado, gangueando bautizáis todo lo creado, y hacéis pasar por inocencia vuestros dengues. Muy bien, se acabó; me ha vuelto loco. Ya no habrá más matrimonios. De los que ya están casados vivirán todos menos uno. Los demás, que sigan como están. ¡A un convento, vamos!

(Sale.)

OFELIA.—¡Ah, qué noble inteligencia destruida! Del cortesano, él sabio y el soldado, el ojo, la lengua, la espada. Esperanza y flor de nuestro reino, espejo de elegancia y modelo de conducta, blanco de observantes, y ahora destrozado. Y yo, la mujer más abatida, que gozó de la miel de sus promesas, veo ese noble y soberano entendimiento destemplado cual campanas que disuenan, esa estampa sin par de perfecta juventud perdida en el delirio. ¡Pobre de mí! Tener que ver esto, y no lo que vi.

(Entran el Rey y Polonio.)

REY.—¿Amor? No, por ahí no se encamina y, aunque fuera algo confuso, lo que ha dicho no es indicio de locura. Algo lleva en el alma que su melancolía está incubando y temo que al romperse el cascarón habrá peligro. Para evitarlo, como medida

inmediata he decidido que parta sin demora hacia Inglaterra a reclamar el tributo que nos debe. Quizá la travesía, el cambio de país y de escenario consigan arrancarle de su pecho la inquietud tan arraigada, que no deja reposo a su cerebro y le saca de sí mismo. ¿Qué os parece?

POLONIO.—Le hará bien. Aunque yo sigo creyendo que la causa y fundamento de su mal es amor desestimado. —¿Qué hay, Ofelia? No nos cuenten lo del Príncipe Hamlet: lo hemos oído todo. —Señor, obrad como gustéis, mas, si os parece, después de la función, permitid que su madre, la reina, le inste a solas a que revele sus penas. Que sea clara con él. Yo, con vuestra venia, pondré mi oído al alcance de su plática. Si nada descubre, mandadle a Inglaterra o recluidle donde juzguéis conveniente.

REY.—Vigíladle. La locura de un grande no debe descuidarse.

(Salen.)

ESCENA II

Una sala en el castillo.

(Entran Hamlet y dos o tres actores.)

HAMLET.—Te lo ruego, di el fragmento como te lo he recitado, con soltura de lengua. Mas si voceas, como hacen tantos cómicos, me dará igual que mis versos los diga el pregonero. Y no cortes mucho el aire con la mano, así; hazlo todo con medida, pues en un torrente, tempestad y, por así decir, torbellino de emoción has de adquirir la sobriedad que le pueda dar fluidez. Me exaspera ver cómo un escandaloso con peluca desgarrada y hace trizas la emoción de un recitado atronando los oídos del vulgo, que, en su mayor parte, sólo aprecia el ruido y las pantomimas más absurdas. Haría azotar a ése por inflar a Termagante^[21]: eso es más herodista que Herodes. Te lo ruego, evítalo.

ACTOR PRIMERO.—Esté segura Vuestra Alteza.

HAMLET.—Tampoco seas muy tibio: tú deja que te guíe la prudencia. Amolda el gesto a la palabra y la palabra al gesto, cuidando sobre todo de no exceder la naturalidad, pues lo que se exagera se opone al fin de la actuación, cuyo objeto ha sido y sigue siendo poner un espejo ante la vida: mostrar la faz de la virtud, el semblante del vicio y la forma y carácter de toda época y momento. Si esto se agiganta o no se alcanza, aunque haga reír al profano, disgustará al juicioso, cuya sola opinión debéis valorar mucho más que un teatro lleno de ignorantes. No quiero ser irreverente, pero he visto actores (elogiados por otros en extremo) que, no teniendo acento de cristiano, ni andares de cristiano, pagano u hombre alguno, se contonean y braman; de tal modo que parece que los hombres fuesen obra de aprendices de la Naturaleza, viendo lo vilmente que imitan a la humanidad.

ACTOR PRIMERO.—Señor, espero que eso lo tengamos bastante dominado.

HAMLET.—Dominadlo del todo. Y que el gracioso no se salga de su texto, pues los hay que se ríen para hacer reír a un grupo de pasmados, aunque sea en algún momento crítico del drama. Eso es infame, y demuestra una ambición muy lamentable en el gracioso. Anda, preparaos. *(Salen los actores.)*

(Entran Polonio, Rosencrantz y Guildenstern.)

¿Qué hay, señor? ¿Va a asistir el rey a la función?

POLONIO.—Con la reina, y en seguida.

HAMLET.—Apremiad a los actores.

(Sale Polonio.)

¿Queréis ayudarle a darles prisa?

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Sí, Alteza. *(Salen.)*

(Entra Horacio.)

HAMLET.—¡Eh, Horacio!

HORACIO.—Aquí estoy, mi señor, a vuestras órdenes.

HAMLET.—Horacio, eres el más ponderado de cuantos hombres haya conocido.

HORACIO.—Querido señor...

HAMLET.—No, no pienses que te adulo. ¿Qué ventaja podría yo esperar de ti, que no tienes más renta para comer y vestirse que tus propias cualidades? ¿A qué adular al pobre? No, que la lengua melosa endulce vanidades y se doblen las solícitas rodillas si el halago rinde beneficio. Escucha. Desde que mi persona aprendió a escoger y supo distinguir, su elección recayó en ti. Tú has sido como aquel que, sufriendo todo, nada sufre; un hombre que, sereno, recibe por igual reveses y favores de Fortuna. Dichoso el que armoniza pasión y buen sentido y no es flauta al servicio de Fortuna por sonar como le plazca. Dame un hombre que no sea esclavo de emociones, y le llevaré en mi corazón; sí, en el corazón del corazón, como yo a ti. Pero ya basta. Esta noche actúan ante el rey. Las circunstancias de una escena se aproximan a las que ya te dije de la muerte de mi padre. Te lo ruego, cuando presenten el hecho observa a mi tío con la máxima atención que te dé el alma. Si durante un fragmento no sale a la luz su escondida culpa, el espectro que hemos visto está maldito y mis figuraciones son inmundas cual la fragua de Vulcano. Fíjate en él; yo pienso clavarle mis ojos en su cara. Después uniremos pareceres cuando juzguemos su reacción.

HORACIO.—Sí, Alteza. Si durante la comedia hurta algo a mi atención y se me escapa, yo pagaré el robo.

HAMLET.—Ya vienen a la función. Me haré el loco. Búscate un sitio.

(Marcha danesa. Toque de clarines. Entran el Rey, la Reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern y nobles del séquito, con la Guardia Real llevando antorchas.)

REY.—¿Cómo lo pasa mi sobrino Hamlet?

HAMLET.—Pues muy bien; con el yantar camaleónico: vivo del aire, relleno de promesas. Ni el capón se ceba así.

REY.—¡No entiendo tus palabras, Hamlet. A mí no me responden.

HAMLET.—Ni a mí tampoco. *(A Polonio.)* Señor, actuasteis una vez en la universidad, ¿no es así?

POLONIO.—Sí, Alteza, y me tenían por buen actor.

HAMLET.—¿Y qué papel representasteis?

POLONIO.—El de Julio César. Me mataron en el Capitolio. Me mató Bruto.

HAMLET.—Bruto capital tenía que ser para matar a ese cabestro. —¿Están listos

los cómicos?

ROSENCRANTZ.—Sí, Alteza. Esperan vuestra orden.

REINA.—Mi buen Hamlet, ven; siéntate a mi lado.

HAMLET.—No, buena madre; aquí hay un imán más atrayente.

POLONIO.—(Al Rey.) ¡Vaya! ¿Habéis oído?

HAMLET.—Señora, ¿puedo echarme en vuestra falda?

OFELIA.—No, mi señor.

HAMLET.—Quiero decir apoyando la cabeza.

OFELIA.—Sí, mi señor.

HAMLET.—¿Creéis que pensaba en el asunto?

OFELIA.—No creo nada, señor.

HAMLET.—No está mal lo de echarse entre las piernas de una dama.

OFELIA.—¿Cómo, señor?

HAMLET.—Nada.

OFELIA.—Estáis alegre, señor.

HAMLET.—¿Quién, yo?

OFELIA.—Sí, Alteza.

HAMLET.—¡Vaya por Dios! ¡Vuestro autor de mojigangas! Pero, ¿qué puede hacer uno sino estar alegre? Mirad lo contenta que está mi madre, y mi padre murió hace menos de dos horas.

OFELIA.—No, hace dos veces dos meses.

HAMLET.—¿Tanto? Entonces al diablo estas ropas, que mi luto será fastuoso. ¡Por Dios! ¡Muerto hace dos meses y aún no olvidado! Entonces hay esperanza de que el recuerdo de un gran hombre le sobreviva seis meses. ¡Por la Virgen! Tendrá que construir iglesias o soportar el olvido, igual que el caballito, cuyo epitafio reza: «¡Qué pecado! Al caballito olvidaron.»^[22]

(Suenan oboes. Se inicia la pantomima.)

Entran un rey y una reina, abrazándose con gran ternura. La reina se arrodilla y con gestos le asegura su amor. El rey la levanta, le pone la cabeza sobre el hombro y se tiende sobre un lecho de flores. Ella, al verle dormido, se aleja. Pronto entra un hombre, que le quita la corona, la besa, vierte veneno en los oídos del rey y sale. Vuelve la reina, le ve muerto y hace gestos de dolor. El envenenador, con dos o tres comparsas, vuelve a entrar y da muestras de condolencia. Se llevan el cadáver. El envenenador corteja a la reina con regalos. Al principio, ella parece reacia y opuesta, pero al final acepta su amor. (Salen.)

OFELIA.—¿Qué significa eso, señor?

HAMLET.—Es un malhecho al acecho, que quiere decir desastre.

OFELIA.—Tal vez la pantomima exprese el argumento de la obra.

(Entra el Faraute.)

HAMLET.—Éste nos lo dirá. Los cómicos no saben guardar secretos; lo cuentan todo.

OFELIA.—¿Explicará lo que hemos visto?

HAMLET.—Eso o lo que queráis enseñarle. Si no os da reparo que mire, a él tampoco le dará deciros qué significa.

OFELIA.—¡Qué malo, qué malo sois! Voy a seguir la obra.

FARAUTE.—

*Al presentar la tragedia
rogamos vuestra clemencia
y vuestra atenta paciencia.*

(Sale.)

HAMLET.—¿Qué es esto, un prólogo o un lema de sortija?

OFELIA.—Ha sido breve, señor.

HAMLET.—Como amor de mujer.

(Entran dos actores^[23], Rey y Reina.)

ACTOR REY.—

*El carro de Febo ya dio treinta vueltas
al mar de Neptuno y al orbe de Gea,
y al mundo han bañado treinta veces doce
lunas rutilantes otras tantas noches
desde que Himeneo y Amor nos juntaron
las manos y almas en vínculo santo.*

ACTOR REINA.—

*Haya tantos giros de luna y de sol
antes que se pierda nuestro inmenso amor.
Mas, ¡pobre de mí! Te veo tan doliente
y sin la alegría que has gozado siempre,
que estoy alarmada. Mas, aunque esté inquieta,
señor, tú no debes sentir impaciencia,
pues ansia y amor de mujer cambian juntos:
ambos en exceso o nada ninguno.
Ya te he demostrado cuán grande es mi amor,
y de esa medida ahora es mi temor.*

ACTOR REY.—

*Muy pronto, mi amor, habré de dejarte,
pues ya no soy dueño de mis facultades.*

*Honrada y amada, sola quedarás
en el bello mundo; y esposo, quizá,
con igual cariño...*

ACTOR REINA.—

*¡No sigas, no sigas!
Traición a mi alma tal amor sería.
Si tomo otro esposo, él sea mi infierno,
pues quiere un segundo quien mató al primero.*

HAMLET.—¡Ajenjo, ajenjo!

ACTOR REINA.—

*A otro matrimonio nunca dan lugar
razones de amor, mas de utilidad.
A mi esposo muerto mataría otra vez
si en el lecho a otro yo fuese a ceder.*

ACTOR REY.—

*No dudo que sientas lo que ahora me dices,
mas muchos designios no suelen cumplirse;
pues son los esclavos de nuestra memoria:
fuertes cuando nacen, mas su fuerza es corta.
Como el fruto verde, se aferran al árbol;
cuando están maduros, caen sin tocarlos.
Todos olvidamos, y por conveniencia,
pagarnos nosotros nuestras propias deudas.
Si nos proponemos algo con pasión,
veremos que muere pasado el ardor;
pues, cuando es violenta, la pena o la dicha
en sus propios actos se mata a sí misma.
Donde hay grande dicha, la pena más daña:
la dicha y la pena oscilan por nada.
El mundo es fugaz, y extrañar no debe
que nuestro amor mismo cambie con la suerte,
pues al juicio nuestro queda la cuestión:
si amor guía a fortuna o fortuna a amor.
Cuando el grande cae, sus íntimos huyen;
no tendrá enemigos el pobre que sube.
El amor, por tanto, sirve a la fortuna,
y para el pudiente amigos abundan;
pruebe a un falso amigo quien sufra escasez
y un gran enemigo pronto ha de tener.*

*Mas, para acabar donde he comenzado,
deseo y destino corren tan contrarios
que nuestros designios siempre se deshacen:
la intención es nuestra, mas no el desenlace.
Dices que no piensas casarte con otro;
morirá tu idea tras morir tu esposo.*

ACTOR REINA.—

*Ni frutos la tierra, ni luz me dé el cielo,
ni solaz el día, ni la noche el sueño.
¡Que todo contrario que enturbie la dicha
destruya los grandes deseos de mi vida!
¡Que aquí y más allá me acose la angustia
si vuelvo a casarme cuando yo sea viuda!*

HAMLET.—¡Como no lo cumpla...!

ACTOR REY.—

*Solemne promesa. Y ahora déjame:
el sueño me vence y deseo distraer
el tiempo durmiendo.
(Se duerme.)*

ACTOR REINA.—

*Tu mente descanse,
y que la desgracia jamás nos separe.
(Sale.)*

HAMLET.—Señora, ¿qué os parece la obra?

REINA.—Creo que la dama promete demasiado.

HAMLET.—Mas cumplirá su palabra.

REY.—¿Conoces el argumento? ¿No hay nada que ofenda?

HAMLET.—No, no. Todo es simulado, incluso el veneno. No hay nada que ofenda.

REY.—¿Cómo se llama la obra?

HAMLET.—«La ratonera.» ¿Que por qué? Es metafórico. La pieza representa un crimen cometido en Viena. El duque se llama Gonzago; su esposa, Baptista. Ya veréis. Una canallada, pero, ¿qué más da? A Vuestra Majestad y a los libres de culpa no nos toca. El jamelgo, que respingue, que nuestros lomos no pican.

(Entra Luciano.)

Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA.—Hacéis muy bien de coro, Alteza.

HAMLET.—Podría decir el diálogo entre vos y vuestro amado si viera a los títeres en danza.

OFELIA.—Estáis muy mordaz, señor.

HAMLET.—Quitarme el hambre os costará un buen suspiro.

OFELIA.—Cuanto mejor, peor.

HAMLET.—Así confundís a los maridos. —Empieza, criminal. ¡Venga! Déjate de muecas y empieza. Vamos, que el cuervo ha graznado en son de venganza.

LUCIANO.—

*Negros pensamientos, poción, manos prestas,
sazón favorable, nadie que lo vea;
ponzoña de hierbas en sombras cogidas,
tres veces por Hécate infecta y maldita,
tu natural magia e influjo maléfico,
la salud y vida róbenle al momento.
(Le vierte el veneno en el oído.)*

HAMLET.—Le envenena en el jardín para quitarle el reino. Se llama Gonzago. La historia se conserva y está escrita en espléndido italiano. Ahora veréis cómo el asesino se gana el amor de la esposa de Gonzago.

OFELIA.—El rey se levanta.

HAMLET.—¡Cómo! ¿Le asusta el fogueo?^[24]

REINA.—Mi señor, ¿qué os pasa?

POLONIO.—¡Cese la función!

REY.—Traedme luz. Vámonos.

NOBLES.—¡Luces, luces, luces!

(Salen todos menos Hamlet y Horacio.)

HAMLET.—

*Dejad que, herido, llore el corzo
y brinque el gamo ileso,
pues, si unos duermen, velan otros
y el mundo sigue entero.*

Amigo, si la suerte fuese a abandonarme, con esto, un penacho de plumas y dos rosetas de Provenza en mis zapatos calados, ¿verdad que entraría de socio en una tropa de actores?

HORACIO.—Con media participación^[25].

HAMLET.—No, una entera.

*Mi buen Damón^[26], ya te he contado
que el reino fue muy pronto
de nuestro Jove despojado
y ahora reina un... mico.*

HORACIO.—Así no hay rima.

HAMLET.—¡Ah, Horacio! Mil libras a que el espectro no mintió. ¿Te has fijado?

HORACIO.—Perfectamente, Alteza.

HAMLET.—¿Al mencionarse el veneno?

HORACIO.—Le observé muy bien.

(Entran Rosencrantz y Guildenstern.)

HAMLET.—¡Ajá! ¡Vamos, música! ¡Venga, las flautas!

*Pues si al rey no le gusta la función,
será que no le gusta, y se acabó.*

¡Vamos, música!

GUILDENSTERN.—Señor, concededme un momento.

HAMLET.—Todo un siglo.

GUILDENSTERN.—El rey...

HAMLET.—Ah, sí, ¿qué le pasa?

GUILDENSTERN.—Está en sus aposentos y alterado.

HAMLET.—¿Por el vino?

GUILDENSTERN.—No, Alteza, de cólera.

HAMLET.—Tenías que haber sido más sensato y decírselo a su médico, pues, si de mí depende el que se purgue, quizá se agrave su cólera.

GUILDENSTERN.—Mi señor, poned en orden las palabras y no os apartéis tan bruscamente de mi asunto.

HAMLET.—Estoy suave. Declama.

GUILDENSTERN.—Vuestra madre la reina, con el ánimo angustiado, me envía a vos.

HAMLET.—Sé bienvenido.

GUILDENSTERN.—No, Alteza; esta clase de cumplido no es de buena ley. Si tenéis a bien darme una respuesta sana, cumpliré el encargo de vuestra madre. Si no, vuestro permiso y mi vuelta pondrán fin a este asunto.

HAMLET.—No puedo.

GUILDENSTERN.—¿No podéis qué, señor?

HAMLET.—Darte una respuesta sana: mi cabeza está enferma. Pero, en fin, cuantas respuestas pueda darte serán tuyas o, como dices, más bien de mi madre. Conque basta y al grano. Mi madre, dices...

ROSENCRANTZ.—Dice que vuestra conducta la ha sumido en el pasmo y desconcierto.

HAMLET.—¡Qué maravilla de hijo, que tanto asombra a su madre! Pero, ¿qué cola trae la materna admiración?

ROSENCRANTZ.—Antes que os acostéis desea hablar con vos en su aposento.

HAMLET.—Será obedecida, así fuera diez veces mi madre. ¿Alguna otra cosa?

ROSENCRANTZ.—Señor, antes me apreciabais.

HAMLET.—Y ahora también, por mis manos pecadoras.

ROSENCRANTZ.—Señor, ¿a qué se debe vuestro mal? Os empeñáis en negaros

vuestra propia libertad al no confiar vuestras penas a un amigo.

HAMLET.—Señor, no puedo medrar.

ROSENCRANTZ.—¿Cómo es posible, si tenéis el voto del rey para sucederle en Dinamarca?

HAMLET.—Sí, pero, entre tanto, «el que espera...». El refrán ya está pasado.

(Entra uno con una flauta.)

¡Ah, la flauta! A ver. —En confianza, ¿por qué dais tantas vueltas y me ahuyentáis como si me empujarais a una trampa?

GUILDENSTERN.—Mi señor, si mi lealtad es tan osada, mi afecto es descortés.

HAMLET.—No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILDENSTERN.—Señor, no sé.

HAMLET.—Te lo ruego.

GUILDENSTERN.—Creedme, no sé.

HAMLET.—Te lo suplico.

GUILDENSTERN.—Señor, no sé tocarla.

HAMLET.—Tan fácil es como mentir. Tapa estos agujeros con los dedos y el pulgar, dale aliento con la boca y emitirá una música muy elocuente. Mira, estos son los agujeros.

GUILDENSTERN.—Pero no sabré sacarles ninguna melodía. Me falta el arte.

HAMLET.—Vaya, mira en qué poco me tienes. Quieres hacerme sonar, parece que conoces mis registros, quieres arrancarme el corazón de mi secreto, quieres tantearme en toda la extensión de mi voz; y, habiendo tanta música y tan buen sonido en este corto instrumento, no sabes hacerle hablar. ¡Voto a...! ¿Crees que yo soy más fácil de tocar que esta flauta? Ponedme el nombre de cualquier instrumento; aunque me destempléis, no soltaré nota.

(Entra Polonio.)

Dios os guarde, señor.

POLONIO.—Señor, la reina quiere hablar con vos en seguida.

HAMLET.—¿Veis esa nube que tanto se parece a un camello?

POLONIO.—Por Dios que es igual que un camello.

HAMLET.—Parece una comadreja.

POLONIO.—El lomo es de comadreja.

HAMLET.—¿No parece una ballena?

POLONIO.—Igual que una ballena.

HAMLET.—Entonces iré pronto con mi madre. —*(Aparte.)* Me agotan el histrionismo. —Iré pronto.

POLONIO.—Se lo diré.

(Sale.)

HAMLET.—«Pronto» se dice pronto. —Y ahora, dejadme, amigos.

(Salen todos menos Hamlet.)

Ya es la hora embrujada de la noche en que se abren los sepulcros y el infierno exhala al mundo su infección. Ahora bebería sangre caliente y cometería atrocidades que, al verlas, el día se estremeciera. Ya basta. Ahora, con mi madre. No te corrompas, corazón. Que el alma de Nerón no invada mi ánimo^[27]. Pierda yo bondad, mas no sentimiento. Le diré venablos, pero sin herirla. Haya hipocresía entre mi alma y mi lengua. Aunque la repruebe con duras palabras, ponerlas por obra no quiera mi alma.

(Sale.)

ESCENA III

Una sala en el castillo.

(Entran el Rey, Rosencrantz y Guildenstern.)

REY.—No me gusta su actitud, ni conviene a mi seguridad dejar tan libre su locura. Así que preparaos: os expido el nombramiento y él parte a Inglaterra con vosotros. Mi condición no puede tolerar un peligro tan cercano como el que engendra de hora en hora su delirio.

GUILDENSTERN.—Estaremos aprestados. Es un desvelo sagrado y piadoso proteger al sinnúmero de súbditos que viven y se nutren de Vuestra Majestad.

ROSENCRANTZ.—La vida personal está obligada a preservarse de los daños con la fuerza y las armas de la mente; con más razón un espíritu de cuyo bienestar dependen tantas vidas. Cuando muere un rey no muere solo, sino que, cual remolino, arrastra cuanto le rodea. Es una rueda ingente, colocada en la cima del monte más alto, en cuyos radios enormes se entallan diez mil piezas menudas, de modo tal que, cuando cae, todo aditamento, todo apéndice acompaña a su ruina estrepitosa. Pues jamás gimió un rey sin lamento general.

REY.—Preparaos para la inminente travesía. Le pondremos cadenas al peligro que se mueve con tanta libertad.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—Nos apresuraremos. *(Salen.)*

(Entra Polonio.)

POLONIO.—Señor, se dirige al aposento de su madre. Yo me esconderé tras los tapices para oírlo. Seguro que le riñe a fondo. Y, como dijisteis, y dijisteis sabiamente, conviene que alguien más que una madre, pues ellas son parciales por naturaleza, escuche la plática a escondidas. Adiós, Majestad. Antes que os acostéis, pasaré a veros y contaros lo que sepa.

REY.—Gracias, señor.

(Sale Polonio.)

¡Ah, inmundo es mi delito, su hedor llega hasta el cielo! Lleva la primera y primitiva maldición el fratricidio. Rezar no puedo. Fuertes son inclinación y voluntad, pero más fuerte es la culpa, y las derrota. Como un hombre enfrentado a un doble objeto, dudo por cuál he de empezar y no emprendo ninguno. ¿Y si esta mano maldita se agrandara con la sangre de un hermano, no habría lluvia en los cielos piadosos para dejarla más blanca que la nieve? ¿Para qué sirve la gracia si no es para mirar al pecado cara a cara? ¿Y qué hay en la oración sino el doble poder de impedirnos obrar mal o perdonarnos si caemos? Tendré ánimo. El daño está hecho, mas, ¿qué suerte de oración me serviría? ¿«Perdona mi inmundo asesinato»? Imposible, pues aún gozo de

los frutos por los que cometí el asesinato: la corona, la reina, mi ambición. ¿Nos pueden perdonar sin quitarnos el provecho? En la usanza corrupta de este mundo la mano dadivosa del culpable desplaza a la justicia; y es sabido que el propio botín compra a la ley. Mas no en el cielo: allí no hay fraude, allí el acto muestra su color verdadero, y nos obligan, habiendo de hacer frente a nuestras faltas, a declarar contra nosotros. Entonces, ¿qué me resta? Ver qué puede el arrepentimiento. ¿Qué no podrá? Mas, ¿qué puede cuando uno ya no puede arrepentirse? ¡Miserable estado! ¡Corazón más negro que la muerte! ¡Oh, alma atrapada, que luchando por librarse más se enreda! ¡Amparadme, ángeles, queredlo! Doblaos, rígidas rodillas, y tú, pecho de acero, sé tierno como un recién nacido. Tal vez sea posible. (*Se arrodilla.*)

(*Entra Hamlet.*)

HAMLET.—Ahora es buen momento, está rezando; voy a hacerlo ya.

(*Desenvaina.*)

Entonces sube al cielo y esa es mi venganza. Esto hay que razonarlo. Un ruin mata a mi padre, y yo, su único hijo, por ello mando al cielo a ese ruin. Ah, esto es paga y recompensa, no venganza. Mató a mi padre en la impureza, saciado, en la flor de sus culpas, en plena lozanía. ¿Quién sabe cómo están sus cuentas, salvo el cielo? Mas, según nuestro saber y modo de pensar, su caso es grave. ¿Me habré vengado matándole mientras él purga su alma, cuando está preparado para el tránsito? No. Adentro, espada, y conoce sazón más horrorosa. Cuando duerma borracho o esté ardiente, o en el lecho del placer incestuoso, blasfemando en el juego o en un acto que no tenga señal de salvación, entonces le derribas; que dé coces al cielo y su alma sea más negra y más maldita que el infierno adonde va. Mi madre aguarda. Tu rezo los días enfermos te alarga.

(*Sale.*)

REY.—Vuelan mis palabras, queda el pensamiento. Palabras vacías no suben al cielo.

ESCENA IV

El cuarto de la Reina.

(Entran la Reina y Polonio.)

POLONIO.—Viene en seguida. Censuradle a fondo. Decid que sus excesos ya son insufribles y que Vuestra Majestad le ha protegido de las iras. No voy a hablar más. Os lo ruego, sed clara con él.

HAMLET.—*(Dentro.)* ¡Madre, madre, madre!

REINA.—Así lo haré. Perded cuidado. Escondeos, que ya viene.

(Entra Hamlet.)

HAMLET.—Y bien, madre, ¿qué ocurre?

REINA.—Hamlet, has ofendido mucho a tu padre.

HAMLET.—Madre, tú has ofendido mucho a mi padre.

REINA.—Vamos, vamos, replicas con lengua muy suelta.

HAMLET.—Venga, venga, preguntas con lengua perversa.

REINA.—¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.—¿Qué ocurre ahora?

REINA.—¿Olvidas quién soy?

HAMLET.—Por la cruz, nada de eso. Eres la reina, esposa del hermano de tu esposo y, ojala no lo fueras, pero eres mi madre.

REINA.—Muy bien. Te mandaré a quien sepa hablarte.

HAMLET.—Vamos, vamos, siéntate. Tú no te mueves ni te vas hasta que ponga frente a ti un espejo que te enseñe tus adentros.

REINA.—¿Qué vas a hacer? ¿No irás a matarme? ¡Ah, socorro, socorro!

POLONIO.—*(Detrás del tapiz.)* ¡Ah, socorro, socorro, socorro!

HAMLET.—¡Cómo! ¿Una rata? ¡Por un ducado la mato!

(Mata a Polonio atravesando el tapiz.)

POLONIO.—¡Ah, me han matado!

REINA.—¡Ay de mí! ¿Qué has hecho?

HAMLET.—Pues no sé. ¿Es el rey?

REINA.—¡Ah, qué locura criminal es esta!

HAMLET.—¿Criminal? Casi tanto, buena madre, como matar a un rey y casarse con su hermano.

REINA.—¿Matar a un rey?

HAMLET.—Sí, señora, eso he dicho. —Y tú, bobo, imprudente, entrometido, adiós. Te creí tu superior. Acepta tu suerte. Pasarse de curioso trae peligro. —No te retuerzas más las manos. Calma, siéntate; yo seré quien te retuerza el corazón si está

hecho de materia permeable y la ruin costumbre no lo ha vuelto tan duro que no pueda expugnarlo el sentimiento.

REINA.—¿Qué he hecho yo para que me hables así con lengua tan ruidosa y ofensiva?

HAMLET.—Una acción tal que empaña el cándido rubor de la decencia, llama hipocresía a la virtud, quita la rosa de la frente al amor puro dejándole un estigma, vuelve los esponsales tan falsos como juramentos de tahúr. Ah, tal acción que del sagrado contrato arranca el alma, cambiando en palabrería la santa religión. El cielo enrojece sobre esta sólida esfera y, con triste semblante, como si aguardara el Día del Juicio, está angustiado por tu acción.

REINA.—¡Ay de mí! ¿Qué acción, que se anuncia tronando y rugiendo?

HAMLET.—Mira este retrato, y ahora éste; imágenes son de dos hermanos. Ve la gallardía de este rostro, los rizos de Hiperión, la frente de Júpiter, los ojos de Marte, que ordenan o amenazan; el porte de Mercurio el mensajero posándose en una montaña sublime. En verdad, una alianza y una forma en que los dioses dejaron su sello para ratificar lo que es un hombre. Él fue tu marido. Mira lo que sigue. Este es tu marido, espiga podrida que infecta a su hermano. ¿Tienes ojos? ¿Dejaste de pastar en tan hermoso monte para cebarte en este páramo? ¿Eh? ¿Tienes ojos? No lo llares amor, pues a tu edad el ardor de la sangre está amansado y se somete al juicio. ¿Y qué juicio llevaría de éste a éste? ¿Qué demonio te ha engañado a la gallina ciega? ¡Ah, vergüenza! ¿Y tu rubor? Ardiente infierno, si te inflamas en cuerpo de matrona, en la fogosa juventud la castidad sea como cera y en su fuego se derrita. No hables de impudicia si se enciende la indómita pasión cuando el hielo también arde y la razón sirve al deseo.

REINA.—¡Ah, Hamlet, no sigas! Me vuelves los ojos hacia el fondo de mi alma, y en ella veo manchas negras y profundas que no pueden borrarse.

HAMLET.—No, vivirán en la náusea y el sudor de una cama pringosa, cociéndose en el vicio y la inmundicia entre arrullos y ternezas.

REINA.—¡No sigas hablando! Cual puñales tus palabras me traspasan los oídos. ¡Basta, buen Hamlet!

HAMLET.—Un asesino, un infame; un canalla que no llega a los talones del que fue tu marido; un payaso de rey, el ratero del reino y el poder, que robó la corona del estante para echársela al bolsillo...

REINA.—¡Basta!

HAMLET.—Un rey de parches y pingajos...

(Entra el Espectro en ropa de noche.)

¡Salvadme y envolvedme en vuestras alas, ángeles del cielo! —¿Qué deseas, noble figura?

REINA.—¡Ay, está loco!

HAMLET.—¿Vienes a reñirle a tu hijo indolente que, dejando pasar tiempo y fervor, no pone por obra tu fiero mandato? ¡Habla!

ESPECTRO.—No lo olvides. Esta aparición sólo quiere aguzar tu embotado propósito. Pero mira el desconcierto de tu madre. Interponte entre ella y su alma en lucha. La imaginación de los más débiles opera con más fuerza. Háblale, Hamlet.

HAMLET.—¿Cómo estás, madre?

REINA.—¡Ah! ¿Cómo estás tú, que clavas la mirada en el vacío y conversas con el aire incorpóreo? Por tus ojos asoma tu ánimo agitado y, como guerreros despertados por la alarma, tu liso cabello se levanta cual si fuera una excrescencia viviente. ¡Ah, hijo mío! Rocía el fuego y ardor de tu mal con la fría quietud. ¿Qué es lo que miras?

HAMLET.—¡A él, a él! ¡Mira qué semblante demacrado! Si predicase a las piedras, su causa y su figura las ablandaría. —No me mires, no sea que tu acto compasivo cambie mi duro propósito. Mi objeto perdería su color: llanto en vez de sangre.

REINA.—¿A quién le dices eso?

HAMLET.—¿No ves nada ahí?

REINA.—No, nada; aunque veo todo lo que hay.

HAMLET.—¿Ni has oído nada?

REINA.—No, sólo nuestras voces.

HAMLET.—¡Ah, mira! ¡Ve cómo se aleja! ¡Mi padre, vestido como en vida! ¡Mira cómo sale por la puerta!

(Sale el Espectro.)

REINA.—No es más que un ensueño de tu mente. El delirio es muy hábil en crear apariciones.

HAMLET.—¿Delirio? Mi pulso late acompasado como el tuyo y da una música tan sana. No es locura lo que he dicho. Ponme a prueba y yo repetiré mis palabras, de lo cual huiría la locura. Madre, por el cielo, no pongas un bálsamo a tu alma que muestre mi demencia y no tu culpa. Será una fina piel sobre la llaga, mientras, invisible, la inmunda podredumbre por dentro todo infecta. Confiésate al cielo, llora el pasado, evita tentaciones; no quieras abonar la mala hierba y hacerla más frondosa. Perdona mi virtud, pero en estos tiempos de molicie y saciedad la virtud ha de excusarse con el vicio e implorar que le deje socorrerle.

REINA.—¡Ah, Hamlet! Me has partido en dos el corazón.

HAMLET.—Pues tira la peor parte y con la otra mitad vive más pura. Buenas noches. No vayas al lecho de mi tío. Aparenta virtud, aunque no tengas. Esta noche abstente; eso dará mayor facilidad a la próxima abstinencia. Buenas noches otra vez. Cuando ruegues la divina bendición, yo te pediré la tuya. —En cuanto a este caballero, lo siento de veras. Pero el cielo ha querido, haciéndome su azote y su verdugo, castigarme a mí con él y a él conmigo. Le sacaré de aquí y responderé de su muerte. Una vez más, buenas noches. Tengo que ser cruel sólo por afecto. Lo peor

vendrá; esto es el comienzo.

REINA.—¿Qué puedo hacer?

HAMLET.—De ningún modo lo que yo te diga: dejar que el flácido rey te atraiga a su lecho, te pellizque la cara, te llame paloma y que, por un par de besos inmundos, o sobándote el cuello con sus dedos malditos, consiga que le aclares el enigma: que, en realidad, toda mi locura es fingimiento. Estaría bien decírselo. ¿Podría una reina gentil, modosa, prudente, ocultarle cuestiones de tal entidad a un sapo, un murciélago, un morrongo? ¿Podría? No: a despecho de juicio y reserva, abre la jaula en el tejado, deja volar a los pájaros y, como el célebre mono, haz la prueba metiéndote en la jaula y estréllate al caer.

REINA.—Si el habla es aliento, y el aliento, vida, te aseguro que vida no tendré para contar lo que has dicho.

HAMLET.—He de ir a Inglaterra. ¿Lo sabías?

REINA.—¡Ah, lo había olvidado! Está decidido.

HAMLET.—Éste va a adelantarme el viaje. Le arrastraré el pellejo a la otra estancia. Madre, buenas noches ya. Este dignatario, que en vida fue un torpe y servil palabrero, ahora es un sepulcro callado y secreto. —Vamos, señor, acabemos el asunto. — Buenas noches, madre.

(Sale arrastrando a Polonio.)

ACTO CUARTO



ESCENA I

Una sala en el castillo.

(Entra el Rey.)

REY.—Algo hay en tus suspiros y sollozos. Tienes que explicármelo. Es propio que lo sepa. ¿Dónde está tu hijo?

REINA.—¡Ay, esposo, lo que he visto esta noche!

REY.—¡Pobre Gertrudis! ¿Cómo está Hamlet?

REINA.—Más loco que el viento y el mar cuando ambos luchan a porfía. En su paroxismo, al ver que algo se movía tras el tapiz, desenvaina gritando «¡Una rata, una rata!» y en su frenética ilusión ha matado al pobre anciano allí escondido.

REY.—¡Ah, grave acción! De haber estado allí, habría sido mi muerte. Su libertad es una amenaza: para ti, para mí, para todos. ¿Y cómo defender tal acto de violencia? Yo seré el responsable: por previsión tenía que haber atado corto y recluido al joven demente. Mas tanto era mi afecto que no quise entender lo inexcusable y, como el que padece una inmundicia, por no divulgarlo, he dejado que corrompa hasta el tuétano. ¿Adónde ha ido?

REINA.—A llevarse el cadáver de su víctima, con quien su demencia, como veta de oro en una mina de viles metales, se muestra pura y llora lo ocurrido.

REY.—Ven, Gertrudis, Antes de que el sol toque la montaña ya le habré embarcado. A este acto vil habré de hacerle frente y excusarlo con toda majestad y diplomacia. — ¡Guilkenstern!

(Entran Rosencrantz y Guilkenstern.)

Amigos, procuraos más ayuda. En su demencia, Hamlet ha matado a Polonio y le ha sacado a rastras del cuarto de su madre. Buscadle, habladle cortésmente y llevad el cuerpo a la capilla. Os lo ruego, daos prisa.

(Salen Rosencrantz y Guilkenstern.)

Ven, Gertrudis; reunamos a los sabios amigos e informémosles de esta desgracia y de nuestras decisiones. ¡Ven ya, vamos! Mi alma está llena de angustia y desánimo.

(Salen.)

ESCENA II

Cuarto de Hamlet.

(Entra Hamlet.)

HAMLET.—A buen recaudo^[28].

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.—*(Dentro.)* ¡Hamlet! ¡Príncipe Hamlet!

HAMLET.—¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama a Hamlet? ¡Ah, aquí están!

(Entran Rosencrantz y Guildenstern.)

ROSENCRANTZ.—Señor, ¿qué habéis hecho con el cadáver?

HAMLET.—Mezclarlo con el polvo, su pariente.

ROSENCRANTZ.—Decidnos dónde está, para sacarlo y llevarlo a la capilla.

HAMLET.—Ni lo creáis.

ROSENCRANTZ.—¿Creer qué?

HAMLET.—Que puedo guardar vuestro secreto y no el mío. Además, si me interroga una esponja, ¿qué respuesta puede dar el hijo de un rey?

ROSENCRANTZ.—¿Me tomáis por una esponja, señor?

HAMLET.—Sí, que chupa el favor del rey, sus recompensas, sus poderes. Al final, quien mejor sirve al rey sois vosotros; como un mono, él os guarda en un rincón de su mandíbula: primero os saborea y luego os traga. Cuando necesite lo que hayas indagado, te exprime y la esponja vuelve a quedar seca.

ROSENCRANTZ.—No os entiendo, señor.

HAMLET.—Me alegro. Palabra punzante no entra en oído de necio.

ROSENCRANTZ.—Señor, tenéis que decirnos dónde está el cuerpo y venir con nosotros ante el rey.

HAMLET.—El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa.

GUILDENSTERN.—Señor, ¿una cosa?

HAMLET.—Una cosa de nada. Llevadme a él. ¡Que te pillo, escóndete!

(Salen.)

ESCENA III

Salón de Palacio.

(Entra el Rey.)

REY.—He mandado buscarle y hallar el cadáver. Es un peligro dejar que siga libre. Mas no conviene que le caiga todo el peso de la ley: le quiere la confusa multitud, que no ama con el juicio, sino con los ojos, y atiende al sufrimiento del culpable, no a la culpa. Para evitar sobresaltos, su marcha repentina debe parecer decisión bien ponderada. Dolencias extremas exigen remedios extremos o jamás se curan.

(Entra Rosencrantz.)

¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido?

ROSENCRANTZ.—Señor, se niega a decirnos dónde ha dejado el cadáver.

REY.—¿Y él dónde está?

ROSENCRANTZ.—Fuera, vigilado y esperando vuestra orden.

REY.—Traedle a mi presencia.

ROSENCRANTZ.—¡Guildestern! Trae al príncipe.

(Entran Hamlet, Guildestern y acompañamiento.)

REY.—Bien, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET.—De cena.

REY.—¿De cena? ¿Dónde?

HAMLET.—No donde come, sino donde es comido: tiene encima una asamblea de gusanos políticos. El gusano es el gran emperador de la dieta. Nosotros engordamos engordando animales, y así estamos gordos para los gusanos. El rey gordo y el mendigo flaco son dos viandas posibles: dos platos, la misma mesa. Ahí se acaba.

REY.—¿Qué quieres decir con eso?

HAMLET.—Nada, sólo mostraros cómo un rey puede viajar por las tripas de un mendigo.

REY.—¿Dónde está Polonio?

HAMLET.—En el cielo. Mandad que le busquen. Si allí no le encuentra el mensajero, buscadle vos mismo en el otro sitio. Si no le encontráis de aquí a un mes, os llegará el olor al subir a la galería.

REY.—¡Buscadle allí!

HAMLET.—Os estará esperando.

(Salen algunos del acompañamiento.)

REY.—Hamlet, por tu propia seguridad, que tanta inquietud me produce como llanto lo que has hecho, tu acción exige tu marcha inmediata. Prepárate, la nave está presta, el viento acompaña, te aguarda la escolta y todo está a punto para ir a Inglaterra.

HAMLET.—¿Inglaterra?

REY.—Si, Hamlet.

HAMLET.—Bueno.

REY.—Así lo verás cuando sepas mi intención.

HAMLET.—Veo un querubín que ya la ha visto. —Bueno, vamos. ¡A Inglaterra! Adiós, querida madre.

REY.—Tu tierno padre, Hamlet.

HAMLET.—Madre. Padre y madre son marido y mujer, marido y mujer son una carne, así que madre. —Vamos. ¡A Inglaterra!

(Sale.)

REY.—Seguidle de cerca; embarcadle sin demora. No os retraséis: le quiero fuera esta noche. En marcha, que, en lo que atañe a este asunto, todo está ultimado. Daos prisa.

(Salen todos menos el Rey.)

Inglaterra, si mi afecto en algo tienes (como tal vez te aconseje nuestra fuerza, pues la cicatriz de nuestro acero danés aún sigue roja, y nos pagas tributo de buen grado), no puedes tratar con ligereza mi real orden que, en carta especial y por extenso, reclama encarecidamente la muerte inmediata de Hamlet. Hazlo, Inglaterra, pues él, como fiebre, me quema la sangre y tú eres mi cura. Mientras no esté hecho, nada me traerá dicha ni contento.

(Sale.)

ESCENA IV

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

(Entra Fortinbrás con su ejército.)

FORTINBRÁS.—Id, Capitán, y saludad de mi parte al rey danés: decidle que, con su licencia, Fortinbrás desea el salvoconducto para atravesar su reino según lo prometido. Ya conocéis la cita. Si Vuestra Majestad quiere algo de nosotros, expresaremos nuestro respeto en su presencia, y haced que lo sepa así.

CAPITÁN.—Así lo haré señor.

FORTINBRÁS.—Seguid avanzando despacio. *(Se van Fortinbrás y los soldados.)*

(Entran Hamlet, Rosencrantz, Guildenstern y otros.)

HAMLET.—Mi buen señor, ¿qué fuerzas son esas?

CAPITÁN.—Son del Rey de Noruega, señor.

HAMLET.—¿Con qué propósito, por favor, señor?

CAPITÁN.—Contra una parte de Polonia.

HAMLET.—¿Quién las manda?

CAPITÁN.—El sobrino del viejo Rey de Noruega, Fortinbrás.

HAMLET.—¿Va contra el grueso de Polonia, señor, o por alguna tierra fronteriza?

CAPITÁN.—Para decir la verdad, sin añadir nada, vamos a ganar una pequeña franja de terreno que no tiene más beneficio que el prestigio. Si hubiera de pagar cinco ducados, cinco, yo no lo tomaría en arrendamiento; ni les producirá al Rey de Noruega o al de Polonia una suma mayor, aunque se venda en propiedad absoluta.

HAMLET.—Pues entonces los polacos no la defenderán.

CAPITÁN.—Sí, ya tiene guarniciones.

HAMLET.—Dos mil almas y veinte mil ducados no resolverán la cuestión de esta paja. Es el tumor de la mucha riqueza y paz que se rompe hacia adentro, y no muestra por fuera la causa por la que muere el hombre. Os lo agradezco humildemente, señor.

CAPITÁN.—Quedad con Dios, señor. *(Se va.)*

ROSENCRANTZ.—¿Vamos allá, si os place, señor?

HAMLET.—En seguida estaré con vosotros: id un poco por delante. *(Se van todos menos Hamlet.)* ¡Cómo todas las ocasiones declaran contra mí y espolean mi tardía venganza! ¿Qué es un hombre si su principal bien y la adquisición de su tiempo es sólo dormir y comer? Una bestia, nada más. Cierto que quien nos hizo con tan amplio entendimiento para mirar delante y detrás, no nos dio esa capacidad y esa razón

divina para que se enmoheciese en nosotros sin usar. Ahora, sea olvido bestial, o algún escrúpulo cobarde de pensar con demasiada exactitud en el suceso —un pensamiento que, partido en cuatro, tiene una parte de sabiduría y tres partes de cobardía—, no sé por qué sigo vivo para decir: «Esto se ha de hacer», puesto que tengo causa, y voluntad, y fuerza, y medios para hacerlo: me exhortan ejemplos tan grandiosos como la tierra: testigo, este ejército de tal tamaño y coste, conducido por un príncipe tierno y delicado, cuyo espíritu, hinchado por la divina ambición, hace muecas al invisible suceso, exponiendo lo que es mortal e inseguro a todo aquello a que se arriesgan la fortuna, la muerte y el peligro, aun por una cáscara de huevo. Ser grande de veras no es moverse sin gran motivo, sino hallar pelea con grandeza por una paja, cuando está en juego el honor. ¿Cómo quedo entonces yo, sin me han matado a un padre e infamado una madre, para excitarme la razón y la sangre, y lo dejo dormir todo, mientras veo, para mi vergüenza, la muerte inminente de veinte mil hombres, que por una fantasía y trampa de la fama, van a sus tumbas, como a la cama, luchando por un terreno sobre el cual sus multitudes no pueden poner a prueba su causa, y que no es sepulcro bastante para contenerles y esconder los muertos? ¡Ah, desde ahora, que mis pensamientos sean sanguinarios, o no valgan nada!

(Se va.)

ESCENA V

Galería de Palacio.

(Entran la Reina y Horacio.)

REINA.—No quiero hablar con ella.

HORACIO.—Insiste en veros, desvaría. Su estado da pena.

REINA.—¿Qué quiere?

HORACIO.—Habla mucho de su padre, de las trampas de este mundo; balbucea y se da golpes de pecho; se ofende por minucias; habla sin concierto. Lo que dice es absurdo, mas lleva a quien la oye a interpretar su incoherencia. Se hacen conjeturas; amoldan a su idea las palabras que juntan, las cuales, a juzgar por los gestos y los guiños, darían pie a sospechas que, aun siendo infundadas, serían maliciosas.

REINA.—Habrá que hablar con ella, no sea que siembre dudas peligrosas en mentes malévolas. Hazla pasar.

(Horacio se dirige a la puerta.)

(Aparte.) En mi alma enferma, pues vive en pecado, cualquier nadería predice un gran daño. La culpa no sabe fingir su recelo y al fin se traiciona queriendo esconderlo.

(Entra Ofelia tocando un laúd, con el pelo suelto y cantando.)

OFELIA.—¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA.—¿Qué ocurre, Ofelia?

OFELIA.—*(Canta.)*

¿Cómo conoceré a tu amor entre los demás?

Con venera y con bordón y sandalias va.

REINA.—¡Ah, pobre Ofelia! ¿A qué viene esa canción?

OFELIA.—¿Decíais? Atended, os lo ruego. *(Canta.)*

Ya murió, señora, y se fue,

ya murió y se fue:

césped a su cabecera

y piedra a sus pies.

REINA.—Pero, Ofelia...

OFELIA.—Atended, os lo ruego. *(Canta.)*

Su mortaja, blanquísima...

(Entra el Rey.)

REINA.—¡Ah, mírala, esposo!

OFELIA.—*(Canta.)*

... cubierta de flor,

*a la tumba fue sin llevar
lágrimas de amor.*

REY.—¿Cómo estás, linda Ofelia?

OFELIA.—Bien, Dios os lo pague. Cuentan que la lechuza era la hija de un panadero^[29]. ¡Señor! Sabemos lo que somos, no lo que podemos ser. ¡Dios bendiga vuestra mesa!

REY.—Fantasea sobre su padre.

OFELIA.—Os lo ruego, no hablemos de esto. Cuando os pregunten qué significa, decid: *(Canta.)*

*«Mañana es el día de San Valentín^[30],
temprano, al amanecer,
y yo estaré en tu balcón;
tu enamorada seré.
Entonces él se levantó y vistió
y a la doncella hizo entrar
que de su alcoba doncella
ya nunca saldría jamás».*

REY.—Linda Ofelia...

OFELIA.—Pues sí, y sin blasfemar le pondré fin: *(Canta.)*

*¡Jesús, caridad cristiana!
Vergüenza le tiene que dar.
Si puede, un joven te goza:
¡Su potra, eso está mal!
«Juraste antes de tumbarme
hacer de mí tu mujer.»
«¡Y ya lo serías si en mi cama
no te llegas a meter!»*

REY.—¿Cuánto hace que está así?

OFELIA.—Espero que todo irá bien. Hay que tener paciencia. Pero lloro sin remedio de pensar que lo enterraron en la fría tierra. Mi hermano ha de saberlo. Así que gracias por el buen consejo. ¡Vamos, mi carruaje! Buenas noches, señoras, buenas noches, buenas noches.

(Sale.)

REY.—Síguela de cerca. Vigílala bien, te lo ruego.

(Sale Horacio.)

Ah, este es el veneno de la honda tristeza; todo viene de la muerte de su padre. ¡Ah, Gertrudis! Las penas nunca vienen como espías de avanzada, sino en batallones. Primero, su padre muerto; después, tu hijo ausente, el más violento autor de su propia partida; el pueblo, enturbiado, revuelto con tantas sospechas y rumores sobre la

muerte de Polonio (y fue una ingenuidad enterrarle bajo mano); la pobre Ofelia, trastornada y privada de razón, sin la cual todos somos pinturas o animales; por último, y peor que todo lo demás, su hermano ha regresado de Francia en secreto, se nutre de su asombro, vive en la penumbra y no le faltan chismosos que le infectan los oídos con infundios sobre la muerte de su padre. En tal apuro, y escaseando los hechos, no dudarán en acusar a mi persona en sus rumores. Querida Gertrudis, todo esto, cual disparos de metralla, me da muerte superflua en muchas partes.

(Ruido dentro. Entra un mensajero.)

REINA.—¡Ah! ¿Qué ruido es ese?

REY.—¡Mi guardia suiza! ¡Que defiendan la puerta! ¿Qué ocurre?

MENSAJERO.—Salvaos, señor. El océano, rebasando sus orillas, no sumerge los llanos con más ímpetu que Laertes, con sus amotinados, arrolla a vuestra guardia. La chusma le llama señor y, cual si el mundo fuese a empezar hoy y no hubiera costumbres ni pasado (garantía y sostén de las palabras), gritan: «¡Elijamos nosotros! ¡Laertes será rey!» Al cielo vuelan gorros, aplausos y vítores: «¡Laertes será rey, Laertes rey!»

REINA.—¡Qué alegres ladran tras la pista falsa! ¡Rastreáis al revés, perros daneses!

(Ruido dentro.)

REY.—¡Han roto las puertas!

(Entra Laertes con sus secuaces.)

LAERTES.—¿Dónde está ese rey? —Quedaos todos fuera.

SECUACES.—No, entremos.

LAERTES.—Dejadme, os lo ruego.

SECUACES.—Muy bien, señor.

LAERTES.—Gracias. Guardad la puerta.

(Salen los secuaces.)

¡Ah, vil rey! ¡Dadme a mi padre!

REINA.—Quieto, buen Laertes.

LAERTES.—La gota de mi sangre que esté quieta me acusará de bastardo, gritará «cornudo» a mi padre y pondrá el estigma de ramera en la frente casta y pura de mi madre.

REY.—Laertes, ¿cuál es el motivo de esta rebelión tan gigantesca? —Suéltale, Gertrudis. No te inquiete mi persona. Hay tal divinidad guardando a un rey que la traición apenas si vislumbra su objetivo y no llega a actuar. —Laertes, dime lo que tanto te ha inflamado. —Suéltale, Gertrudis. —Habla ya.

LAERTES.—¿Dónde está mi padre?

REY.—Muerto.

REINA.—Pero no a sus manos.

REY.—Que pregunte a placer.

LAERTES.—¿Cómo murió? Nada de trampas. ¡Al infierno la lealtad! ¡Al más negro diablo juramentos! ¡Al más profundo abismo la gracia y la conciencia! No temo condenarme. A tal punto he llegado que no me importa nada esta vida, la otra, cualquier cosa: tomaré plena venganza por mi padre.

REY.—¿Quién te frenará?

LAERTES.—Juro que ni el mundo entero. Y mis medios voy a administrarlos de modo que lo poco rinda mucho.

REY.—Buen Laertes, si deseas conocer la verdad de la muerte de tu padre, ¿está escrito en tu venganza que tu juego barra de montón a amigo y enemigo, al que gane y al que pierda?

LAERTES.—Sólo a sus enemigos.

REY.—¿Quieres conocerlos?

LAERTES.—A sus amigos les abro los brazos y, como el pelícano, generoso les daré vida y alimento con mi sangre^[31].

REY.—Ahora hablas como un buen hijo y todo un caballero. Que soy inocente de la muerte de tu padre y la he llorado con honda tristeza entrará tan de lleno en tu razón como el día en tus ojos.

(Ruido dentro.)

VOCES.—*(Dentro.)* ¡Dejadla pasar!

LAERTES.—¿Eh? ¿Qué ruido es ese?

(Entra Ofelia como antes.)

¡Fiebre, sécame el cerebro! ¡Lágrimas amargas, quemadme el sentido y poder de mis ojos! Juro que tu demencia será pagada en peso hasta que la balanza se incline de mi lado. ¡Rosa de mayo, querida doncella, hermana, Ofelia! ¡Dios! ¿Es posible que un juicio tan tierno sea tan mortal como la vida de un anciano? El amor nos perfecciona, y nos hace enviar una valiosa parte nuestra tras el ser al que amamos.

OFELIA.—*(Canta.)*

*Su ataúd descubierto va,
ay, nony, nony, no, nony, no,
y en la tumba le lloran ya.
Adiós, mi paloma.*

LAERTES.—Si estuvieras en tu juicio y clamases venganza, no conmovieras tanto.

OFELIA.—Vos cantad «Do re dó», y vos «Do re fá». ¡Ah, qué bien le va el estribillo! El pérfido mayordomo raptó a la hija del amo.

LAERTES.—Ese absurdo dice mucho.

OFELIA.—Esto es romero, para recordar. Acuérdate, amor. Y esto pensamientos, para pensar.

LAERTES.—La lección de la locura: ajusta el pensamiento y el recuerdo.

OFELIA.—Esto es hinojo, para vos, y aguileña. Y esto ruda, para vos; y una poca

para mí. Los domingos la llamamos hierba de la gracia. ¡Ah, vos llevad la ruda por otro motivo! Esto es una margarita. Os daría violetas, pero todas se mustiaron al morir mi padre; dicen que tuvo buena muerte. *(Canta.)*

Pues Robin el guapo es mi ilusión.

LAERTES.—Pesadumbre y tristeza, dolor, el infierno, ella los convierte en dulzura y encanto.

OFELIA.—*(Canta.)*

¿Y ya nunca volverá?

¿Y ya nunca volverá?

No, no, no, muerto está,

y tú muere ya,

pues él jamás volverá.

La barba, níveo blancor,

el pelo, rubio color;

Ya murió, ya murió.

¿A qué más dolor?

Acoja su alma Dios. Y todas las almas cristianas, si Dios quiere. Adiós.

(Sale.)

LAERTES.—¿Ves esto, Dios?

REY.—Laertes, debo compartir tu pena; no me niegues mi derecho. Ahora sal y escoge a tus amigos más juiciosos para que oigan y arbitren entre tú y yo. Si me creen implicado, de manera personal o coligada, yo, en desagravio, te daré mi reino, mi vida, mi corona y todo lo que es mío. Mas, si no es así, accede a dispensarme tu paciencia y obraré en alianza con tu alma por dejarte satisfecho.

LAERTES.—Conforme. El modo en que murió, su oscuro entierro (sin emblema, espada, ni blasón sobre sus restos, rito noble o ceremonia funeral); todo esto clama tanto del cielo a la tierra que exijo que se indague.

REY.—Así se hará; y donde haya crimen, el hacha caerá. Te lo ruego, ven conmigo.

(Salen.)

ESCENA VI

Sala en casa de Horacio.

(Entra Horacio con un criado.)

HORACIO.—¿Quiénes son los que quieren hablarme?

CRIADO.—Marineros, señor. Dicen que os traen una carta.

HORACIO.—Que pasen.

(Sale el criado.)

No sé quién en todo el mundo va a escribirme, si no es el propio Hamlet.

(Entran los marineros.)

MARINERO PRIMERO.—Dios os guarde, señor.

HORACIO.—Igualmente.

MARINERO PRIMERO.—Él os oiga. Señor, os traigo esta carta de parte del embajador que iba a Inglaterra, si, como me han hecho saber, vuestro nombre es Horacio.

HORACIO.—*(Lee.)*

«Horacio: Cuando hayas leído esto, haz que estos hombres tengan acceso al rey. Traen carta para él. No llevábamos dos días en el mar cuando un barco pirata bien armado nos dio caza. Al ser lentas nuestras velas, hubimos de mostrarnos animosos, y en el choque lo abordé. Al instante se soltaron de nuestro barco, y yo quedé su solo prisionero. Me han tratado cual ladrones compasivos. Pero saben lo que hacen: tengo que pagarles el favor. Que el rey lea la carta que le mando, y reúnete conmigo tan deprisa como huirías de la muerte. Te diré algo al oído que, aunque sea muy leve para el calibre del hecho, te va a dejar sin habla. Estos buenos hombres te llevarán donde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen con rumbo a Inglaterra. De ellos tengo mucho que contarte. Adiós. Siempre tuyo, Hamlet.»

Venid, daré curso a vuestra carta y, por cierto, a toda prisa, pues habéis de llevarme al que os la dio.

(Salen.)

ESCENA VII

Gabinete del Rey.

(Entran el Rey y Laertes.)

REY.—Tu conciencia debe ahora sancionar mi absolución, y tu pecho acogerme como amigo, pues has podido oír y comprobar que el hombre que mató a tu noble padre atentaba contra mí.

LAERTES.—Es evidente. Mas decidme por qué no procedisteis contra hechos tan graves y tan ciertos de pena capital, cuando a ello tanto os obligaban vuestra seguridad, prudencia y más motivos.

REY.—Por dos razones especiales que, aunque a ti te parezcan harto endebles, tienen fuerza para mí. Su madre, la reina, le idolatra y, en lo que a mí respecta (sea mi suerte o mi desgracia, no sé cuál), tal es mi conjunción con ella en cuerpo y alma que, cual astro que sólo gira dentro de su esfera, yo fuera de ella no existo. La otra razón para no haber hecho cargos públicos es el cariño que las gentes le profesan: un afecto que, sumergiendo sus delitos, cambiaría sus culpas en virtudes cual la fuente que transmuta en piedra la madera. Así, mis flechas, de ingrátida vara para viento tan fuerte, habrían regresado a mi arco sin hacer diana.

LAERTES.—Y yo me encuentro sin mi noble padre y a mi hermana en condiciones angustiosas, que, si elogio lo que fue, desde una cumbre podía haber retado al mundo entero a emular sus perfecciones. Mas ya me vengaré.

REY.—Por eso no pierdas el sueño. No creas que estoy hecho de sustancia tan inerte que dejo que el peligro me tire de la barba y lo tomo a simple juego. Pronto has de oír más. Yo quería a tu padre, y me quiero a mí mismo, y esto espero que te enseñe a imaginar...

(Entra un mensajero.)

¿Qué pasa? ¿Hay noticias?

MENSAJERO.—Señor, cartas de Hamlet. Ésta para Vuestra Majestad, ésta para la reina.

REY.—¿De Hamlet? ¿Quién las ha traído?

MENSAJERO.—Señor, dicen que marineros. Yo no los vi. Me las dio Claudio; él las recibió.

REY.—Laertes, tú has de oírlo. —Déjanos.

(Sale el mensajero.)

(Lee.) «*Excelsa Majestad: Sabed que, despojado, he puesto pie en vuestro reino. Mañana he de pedir licencia para presentarme ante vos y, con*

vuestra venia, exponeros las razones de mi pronto e insólito regreso. Hamlet.»

¿Qué significa esto? ¿Han vuelto los demás? ¿O es alguna trampa y todo es falso?

LAERTES.—¿Conocéis la letra?

REY.—Es la de Hamlet. «Despojado.» Y en posdata dice «solo». ¿Te lo explicas?

LAERTES.—Señor, no entiendo nada. Pero que venga. Alivia la dolencia de mi pecho pensar que viviré para decirle a la cara: «¡Así mataste!»

REY.—Laertes, en tal caso (y parece extraño, pero cierto), ¿dejarás que yo te guíe?

LAERTES.—Sí, mientras no me desviéis hacia la paz.

REY.—Hacia tu paz. Si ahora ha regresado tras cortar su travesía y no piensa reemprenderla, le induciré a un encuentro cuya trama está madura y en el cual sin remedio ha de caer. Por su muerte no habrá un hálito de culpa: ni su madre advertirá la maña y la creará un accidente. Hace unos dos meses estuvo aquí un caballero normando. Yo he visto a los franceses, he luchado contra ellos, y son diestros a caballo, pero este valiente tenía magia. Clavado a la silla, conseguía del animal tales prodigios cual si fuese un solo cuerpo con la bestia y de su especie por mitad. Tanto rebasaba mi inventiva que yo, imaginando piruetas, quedaba atrás de las suyas.

LAERTES.—¿Normando decíais?

REY.—Normando.

LAERTES.—Seguro que Lamord.

REY.—El mismo.

LAERTES.—Le conozco bien. Es la gala y la gema de su tierra.

REY.—Dio testimonio de ti y alabó de tal modo tu destreza en el arte y ejercicio de la esgrima, sobre todo tu dominio del estoque, que exclamó: «¡Qué espectáculo sería si él tuviera un rival!» Este elogio envenenó de envidia a Hamlet, a tal punto que no hacía sino pedir y desear tu rápido regreso por luchar contra ti. De todo esto...

LAERTES.—De todo esto, ¿qué, señor?

REY.—Laertes, ¿no querías a tu padre? ¿O eres como imagen del dolor, como un rostro sin alma?

LAERTES.—¿Por qué lo preguntáis?

REY.—No es que crea que no querías a tu padre; es que sé que el amor está sujeto al tiempo y veo, pues lo prueba la experiencia, que el tiempo le resta su fuego y ardor. Hamlet regresa. ¿A qué estarías dispuesto por mostrar, más en hechos que en palabras, que eres digno de tu padre?

LAERTES.—A degollarlo en la iglesia.

REY.—Ni al crimen debe darse refugio en sagrado, ni poner freno a la venganza. Mas, buen Laertes, si piensas actuar, permanece en tu aposento. Hamlet sabrá que has regresado. Haré que algunos elogien tu excelencia y den doble barniz al gran renombre que el francés te dispensó, os junten finalmente y arreglen las apuestas

sobre ambos. El, como es despreocupado, noble e incapaz de estratagemas, no mirará las armas; así, con sutileza de manos, te será fácil escoger una espada con punta y, de una artera estocada, desquitarte.

LAERTES.—Lo haré; y a ese fin untaré mi espada de veneno. Le compré un unguento a un charlatán, tan mortal que un cuchillo en él mojado donde hiere no hay emplasto milagroso compuesto con las hierbas mas enérgicas del mundo que salve de la muerte a quien sólo haya arañado. Pondré el veneno en la punta y bastará con que le roce para que sea su muerte.

REY.—Lo estudiaremos. Pondera qué momento y qué medios favorecen nuestro objeto. Si éste fracasara y nuestra mala actuación mostrase el plan, más valdría no intentarlo. Por tanto, a tu proyecto hay que añadirle otro de reserva por si fuera a malograrse. Espera, a ver. Haré una apuesta solemne por vuestra maestría. Eso es. Cuando el esfuerzo os dé calor y sed (y habrás de hacer más violentos los asaltos), y él pida de beber, le tendré preparada una copa a propósito; con que la sorba, aunque escape a tu golpe envenenado, nuestro plan se habrá cumplido.

(Entra la Reina.)

¿Qué hay, querida esposa?

REINA.—Una pena le pisa los talones a la otra; tan rápido se siguen. —Laertes, tu hermana se ha ahogado

LAERTES.—¿Ahogado? ¿Dónde?

REINA.—Sobre un arroyo, inclinado crece un sauce que muestra su pálido verdor en el cristal. Con sus ramas hizo ella coronas caprichosas de ranúnculos, ortigas, margaritas, y orquídeas a las que el llano pastor da un nombre grosero y las jóvenes castas llaman «dedos de difunto». Estaba trepando para colgar las guirnaldas en las ramas pendientes, cuando un pérfido mimbre cedió y los aros de flores cayeron con ella al río lloroso. Sus ropas se extendieron, llevándola a flote como una sirena; ella, mientras tanto, cantaba fragmentos de viejas tonadas como ajena a su trance o cual si fuera un ser nacido y dotado para ese elemento. Pero sus vestidos, cargados de agua, no tardaron mucho en arrastrar a la pobre con sus melodías a un fango de muerte.

LAERTES.—Ah, así que está ahogada.

REINA.—Ahogada, ahogada.

LAERTES.—Pobre Ofelia, bastante agua has tenido: me prohibo llorar. Y sin embargo, es humano; se impone la naturaleza, aunque sea vergonzoso. Cuando cese mi llanto, ya no habrá mujer. —Adiós, señor. Tengo palabras de fuego queriendo encenderse, pero este desliz las apaga.

(Sale.)

REY.—Sigámosle, Gertrudis. Mucho me ha costado aplacar su ira, y ahora me temo que vuelve a empezar. Sigámosle.

(Salen.)

ACTO QUINTO



ESCENA I

Cementerio contiguo a una Iglesia.

(*Entran dos rústicos^[32], el enterrador y su compañero.*)

ENTERRADOR.—¿Se va a dar cristiana sepultura a la que conscientemente buscó su salvación?

COMPAÑERO.—Te digo que sí, conque cava ya la fosa. El juez ha visto el caso y dice que cristiana.

ENTERRADOR.—¿Cómo es posible si no se ahogó en defensa propia?

COMPAÑERO.—Pues eso ha decidido.

ENTERRADOR.—Entonces habrá sido *se offendendo*^[33]; no pudo ser otra cosa. La cuestión es esta: si yo me ahogo a sabiendas, esto arguye un acto; un acto tiene tres ramas: hacer, obrar, realizar. *Ergo* ella se ahogó a sabiendas.

COMPAÑERO.—Escucha, señor cavador...

ENTERRADOR.—Perdona. Aquí está el agua: bien. Aquí, el hombre: bien. Si el hombre va al agua y se ahoga, quieras que no, es él quien se va. ¿Te fijas? Pero si el agua viene a él y le ahoga, él no se ahoga a sí mismo. *Ergo* quien no es culpable de su muerte no pudo acortar su vida^[34].

COMPAÑERO.—¿Esa es la ley?

ENTERRADOR.—¡Pues claro! La ley que lo investiga.

COMPAÑERO.—¿Quieres saber la verdad? Sí no es una señora, no le dan cristiana sepultura.

ENTERRADOR.—Exacto. Y es una pena que los grandes tengan más derecho a ahogarse o colgarse que sus hermanos cristianos. ¡Venga, la pala! En la antigüedad no había más señores que los jardineros, cavadores y sepultureros. Tenían el oficio de Adán.

COMPAÑERO.—¿Adán fue caballero?

ENTERRADOR.—El primero en armarse.

COMPAÑERO.—¡Pero si no tenía armas!

ENTERRADOR.—¿Tú es que eres pagano? ¿No dice la Biblia que Adán tuvo que labrar la Tierra? Luego se armó de paciencia. Voy a hacerte otra pregunta. Si no la contestas, confesión y...

COMPAÑERO.—Venga.

ENTERRADOR.—Albañil, calafate o carpintero: ¿Quién construye más fuerte que los tres?

COMPAÑERO.—El que hace la horca: el armazón sobrevive a mil ocupantes.

ENTERRADOR.—Eso me ha gustado, de veras. Lo de la horca está bien. Pero,

¿para quién? Está bien para los que hacen mal. Entonces está mal decir que una horca es más fuerte que una iglesia; *ergo* la horca estará bien para ti. Otra vez, venga.

COMPAÑERO.—¿Que quién construye más fuerte que albañil, calafate o carpintero?

ENTERRADOR.—Vamos, dilo y a correr.

COMPAÑERO.—¡Ya lo tengo!

ENTERRADOR.—Venga.

COMPAÑERO.—¡Dios, no lo sé!

(Entran Hamlet y Horacio a distancia.)

ENTERRADOR.—No te devanes los sesos, que, por más que le pegues, tu burro no irá más rápido. Cuando te vengan con esa pregunta, tú di que el sepulturero, porque las casas que hace duran hasta el Día del Juicio. Vamos, corre a la taberna y tráeme una jarra de aguardiente.

(Sale el compañero.)

(Canta.) De joven yo amé, amé;

me pareció muy grato

menguar mis anos con placer;

igual no lo había probado.

HAMLET.—¿Es que este hombre no tiene sentido de su oficio, que cava tumbas cantando?

HORACIO.—Con la costumbre se vuelve una cuestión de indiferencia.

HAMLET.—Cierto. La mano que poco labra tiene el sentido más fino.

ENTERRADOR.—*(Canta.)*

Mas con sigilo la vejez

ha hecho presa en mí

y me transporta a la región

como al que no ha gozado así.

(Arroja una calavera.)

HAMLET.—Esa calavera tenía lengua y podía cantar. Este bribón la estrella contra el suelo como si fuera la quijada de Caín, que cometió el primer crimen. Tal vez fuese la cabeza de un político, ahora avasallado por un asno, capaz de engañar a Dios, ¿no crees?

HORACIO.—Tal vez, señor.

HAMLET.—O la de un cortesano, que diría: «Buenos días, mi señor. ¿Cómo estáis, mi buen señor?» Sería el señor don Tal, que elogiaba el caballo del señor don Cual cuando pensaba pedírselo, ¿verdad?

HORACIO.—Sí, mi señor.

HAMLET.—Pues claro, y ahora es de don Gusano, sin mandíbulas y con la crisma sacudida por el sepulturero. Bonita transmutación, si supiéramos verla. ¿Tan fácil ha

sido crear estos huesos que ahora sólo sirven para jugar a los bolos? Los míos me duelen de pensarlo.

ENTERRADOR.—(*Canta.*)

*Un pico y una pala, pal,
envuelto en un sudario,
y un hoyo para huésped tal
será lo necesario.*

(Arroja otra calavera.)

HAMLET.—Otra más. ¿No podría ser la de un abogado? ¿Dónde están ahora sus argucias, sus distingos, sus pleitos, sus títulos, sus mañas? ¿Cómo deja que este bruto le sacuda el cráneo con una pala sucia sin denunciarle por agresión? ¡Mmm...! Tal vez fuese en vida un gran comprador de tierras, con sus gravámenes, conocimientos, transmisiones, fianzas dobles, demandas. ¿Transmitió sus transmisiones y demandó sus demandas para acabar con esta tierra en la cabeza? ¿Le negarán garantía sus garantes, aun siendo dos, para una compra que no excede el tamaño de un contrato? Todas sus escrituras apenas caben en este hueco. ¿No tiene derecho a más el hacendado?

HORACIO.—Ni a una pizca más, señor.

HAMLET.—Los pergaminos, ¿no son de piel de carnero?

HORACIO.—Sí, Alteza, y de becerro.

HAMLET.—Carnero y becerro ha de ser quien crea que aseguran algo. Hablaré con este hombre. —Tú, ¿de quién es esta fosa?

ENTERRADOR.—Mía, señor. (*Canta.*)

*... y un hoyo para huésped tal
será lo necesario.*

HAMLET.—Será tuya porque te has metido dentro.

ENTERRADOR.—Y como vos estáis fuera, no es vuestra. Yo en esto no me he metido, pero es mía.

HAMLET.—Te has metido y has mentido diciendo que es tuya. Es para un muerto, no para un vivo; así que has mentido.

ENTERRADOR.—Señor, es una mentira viva y ahora vuelve con vos.

HAMLET.—¿Para qué hombre la cavas?

ENTERRADOR.—Para ningún hombre, señor.

HAMLET.—¿Para qué mujer?

ENTERRADOR.—Para ninguna, tampoco.

HAMLET.—Pues, ¿a quién van a enterrar?

ENTERRADOR.—A una que fue mujer, pero, que en paz descansa, está muerta.

HAMLET.—¡Qué rotundo es el granuja! Como no hilemos delgado nos matarán los equívocos. De veras, Horacio; lo he notado en los últimos tres años: nos hemos

vuelto tan finos que hasta el más palurdo le pisa el talón al cortesano y le roza el sabañón. —¿Desde cuándo eres sepulturero?

ENTERRADOR.—De todos los días del año, desde aquel en que nuestro difunto rey Hamlet venció a Fortinbrás.

HAMLET.—Y de eso, ¿cuánto hace?

ENTERRADOR.—¿No lo sabéis? ¡Si hasta los tontos lo saben! Fue el día en que nació el joven Hamlet, el que estaba loco y mandaron a Inglaterra.

HAMLET.—Sí, claro. ¿Y por qué le mandaron a Inglaterra?

ENTERRADOR.—Pues porque estaba loco. Allí recobraré el juicio y, si no, poco importa.

HAMLET.—¿Por qué?

ENTERRADOR.—No se lo notarán: allí todos están igual de locos.

HAMLET.—¿Cómo se volvió loco?

ENTERRADOR.—De un modo extraño.

HAMLET.—¿Cómo «extraño»?

ENTERRADOR.—Vaya, pues perdiendo el juicio.

HAMLET.—¿De dónde salió su locura?

ENTERRADOR.—Pues de aquí, de Dinamarca. Mozo y hombre, yo llevo aquí de sepulturero treinta años.

HAMLET.—¿Cuánto tarda en pudrirse un muerto enterrado?

ENTERRADOR.—Bueno, si no se ha podrido antes de morir (pues hoy en día nos traen muchos venéreos que apenas se pueden enterrar), os puede durar unos ocho o nueve años. Un curtidor os dura nueve años.

HAMLET.—¿Y él por qué más que otros?

ENTERRADOR.—Pues, señor, porque tiene la piel tan curtida que el agua no la atraviesa en mucho tiempo, y el agua descompone bien a todo puto cadáver. Aquí hay una calavera; lleva enterrada veintitrés años.

HAMLET.—¿De quién es?

ENTERRADOR.—De un puto chiflado. ¿Quién creéis que era?

HAMLET.—No lo sé.

ENTERRADOR.—¡Mala peste de loco! Un día me vació en la cabeza una jarra de vino del Rin. Esta calavera, señor, es la de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET.—¿Ésta?

ENTERRADOR.—La misma.

HAMLET.—Deja que la vea. ¡Ay, pobre Yorick! Yo le conocía, Horacio: tenía un humor incansable, una agudeza asombrosa. Me llevó a cuestras mil veces. Y ahora, ¡cómo me repugna imaginarlo! Me revuelve el estómago. Aquí colgaban los labios que besé infinitas veces. Y ahora, ¿dónde están tus pullas, tus brincos, tus canciones, esas ocurrencias que hacían estallar de risa a toda la mesa? ¿Ya no tienes quien se ría

de tus muecas? ¿Estás encogido? Vete a la estancia de tu señora y dile que, por más que se embadurne, acabará con esta cara. Hazla reír con esto. —Horacio, dime una cosa.

HORACIO.—Sí, mi señor.

HAMLET.—¿Tú crees que Alejandro tenía este aspecto bajo tierra?

HORACIO.—El mismo.

HAMLET.—¿Y olía así? ¡Uf!

HORACIO.—Igual, señor.

HAMLET.—¿En qué bajos usos podemos caer, Horacio! ¿No podría la imaginación rastrear el noble polvo de Alejandro y encontrarlo taponando un barril?

HORACIO.—Sería una busca demasiado rebuscada.

HAMLET.—No, nada de eso; habría que seguirle con mesura llevados de lo probable. Es decir: Alejandro murió, Alejandro fue enterrado, Alejandro se convirtió en polvo. El polvo es tierra, con la tierra se hace el barro, y con el barro en que se convirtió, ¿por qué no se puede tapar un barril de cerveza?

Muerto y hecho barro, el imperial César

rellena un boquete y el aire intercepta.

¡Ah, que aquella tierra que al mundo arredró

tape una pared y corte un ventarrón!

Pero, alto. Apartémonos: se acerca el rey, la reina, cortesanos.

(Entran, siguiendo un féretro, el Rey, la Reina, Laertes, otros cortesanos y un sacerdote.)

¿A quién siguen? ¿Por qué un rito tan menguado? Eso indica que el difunto al que siguen, temerario se quitó su propia vida. Y era de alto rango. Vamos a escondernos y mirar.

LAERTES.—¿Qué más ceremonias?

HAMLET.—Este es Laertes, un joven noble. Atiende.

LAERTES.—¿Qué más ceremonias?

SACERDOTE.—Sus exequias las hemos extendido hasta el límite aprobado. Su muerte fue dudosa; de no haberlo impedido una orden superior, yacería en lugar no consagrado hasta el Día del Juicio. En vez de plegarias, le habrían arrojado cascotes, guijas y piedras. Pero aquí se le permiten ritos virginales, flores de doncella y entierro en sagrado con toque de campana y funeral.

LAERTES.—¿Sin hacer nada más?

SACERDOTE.—Nada más. Profanaríamos el oficio de difuntos entonando un solemne responso y rezándole como a las almas que mueren en paz.

LAERTES.—Dadle sepultura y que broten violetas de su carne pura y sin mancha.

Cruel sacerdote, yo te digo que mi hermana será un ángel providente cuando tú estés aullando en el averno.

HAMLET.—¿Cómo? ¿La bella Ofelia?

REINA.—(*Esparciendo flores.*) Flores a esta flor. Adiós. Confiaba en que serías la esposa de mi Hamlet. Querida niña, creí que iba a engalanar tu lecho de bodas, no tu sepultura.

LAERTES.—¡Ah, que un triple dolor diez veces triplicado caiga sobre ese maldito cuyo crimen te privó de tu excelsa cordura! —Esperad, no la sepultéis hasta que yo la tenga una vez más entre mis brazos.

(*Salta a la fosa.*)

¡Apilad ahora tierra sobre vivos y muertos hasta hacer de este llano una montaña que descuelle sobre el monte Pelión^[35] o la cumbre celeste del Olimpo!

HAMLET.—(*Adelantándose.*) ¿Quién es este que vocea su dolor con tanto ímpetu y hechiza a los planetas con su angustia, dejándolos suspensos como a oyentes asombrados? Aquí está Hamlet de Dinamarca.

(*Salta dentro tras Laertes.*)

LAERTES.—¡Que el diablo te lleve!

HAMLET.—¡Qué mal rezas! Quítame esos dedos de la garganta, pues, aunque no soy impulsivo ni colérico, en mí hay algo peligroso que más te vale temer. ¡Quítame esa mano!

REY.—¡Separadlos!

REINA.—¡Hamlet, Hamlet!

TODOS.—(*Los cortesanos.*) ¡Señores!

HORACIO.—Calmaos, Alteza.

HAMLET.—Por esta causa lucharé con él hasta que mis párpados dejen de moverse.

REINA.—¿Qué causa, hijo mío?

HAMLET.—Yo quería a Ofelia. Ni todo el amor de veinte mil hermanos juntos sumaría la medida del mío. —¿Qué piensas hacer por ella?

REY.—¡Ah, está loco, Laertes!

REINA.—¡Por el amor de Dios, no le oigas!

HAMLET.—¡Voto a...! Dime lo que harás. ¿Piensas llorar, luchar, ayunar, desgarrarte? ¿O beber vinagre, comerte un cocodrilo? Yo también. ¿Has venido aquí a lloriquear, a rebajarme tirándote a la fosa? Si te entierras con ella, yo también. Y si hablas de montañas, que nos echen encima fanegas a millones hasta que la tierra se queme la cabeza en el círculo solar y el Osa parezca una verruga. Si voceas, yo hablaré tan hinchado como tú.

REY.—Esto es pura demencia; el acceso no puede durarle mucho tiempo. Muy pronto estará manso como una paloma al salir del cascarón sus doradas parejas^[36] y se hundirá en el silencio.

HAMLET.—Oídmelo bien. ¿Por qué me tratáis así? Yo siempre os aprecié. Pero no importa. Que Hércules haga lo que se le antoje; el gato maúlla y el perro se impone^[37].

(Sale.)

REY.—Acompáñale, Horacio, te lo ruego.

(Sale Horacio.)

Lo que hablamos anoche debe darte paciencia; lo pondremos por obra de inmediato. Gertrudis, haz que vigilen a tu hijo. Esta tumba tendrá su perenne monumento. Muy pronto veremos la hora tranquila; mientras, la paciencia será nuestra guía.

(Salen.)

ESCENA II

Salón del Palacio.

(Entran Hamlet y Horacio.)

HAMLET.—De eso nada más. En cuanto al resto, veamos. ¿Te acuerdas de todo mi relato?

HORACIO.—¡Cómo no acordarme, señor!

HAMLET.—Había en mi alma una especie de lucha que me tenía despierto. Me sentí peor que un amotinado en los grilletes. En un raptó... Benditos los arrebatos: admitamos que a veces el impulso nos es más útil que el cálculo, lo que nos muestra que hay una divinidad que modela nuestros fines, cualquiera que haya sido nuestro esbozo.

HORACIO.—Así es.

HAMLET.—Salí del camarote y, envuelto en mi tabardo marinero, anduve a tientas en las sombras hasta hallarlos; les quité los documentos y volví finalmente al camarote, permitiéndome abrir el real comunicado, mis temores venciendo mis modales. Horacio, en él leí (¡ah, regia canallada!) la orden expresa, guarnecida de razones muy variadas sobre el bien de Dinamarca e Inglaterra, con, ¡ah!, todos los duendes que me hacen peligroso, de que, a su lectura y en el acto, sin esperar a que afilasen el hacha, me cortaran la cabeza.

HORACIO.—¡No es posible!

HAMLET.—Aquí está el comunicado. Léelo sin prisa. ¿Quieres saber cómo procedí?

HORACIO.—Os lo ruego.

HAMLET.—Viéndome atrapado por infames (antes que le diera un resumen al cerebro, él ya veía la acción), me senté, proyecté una nueva orden, la escribí con buena letra. Al igual que los políticos, yo antes menospreciaba la caligrafía y me esforcé en olvidarla, pero ahora me ha prestado un fiel servicio. ¿Te digo el contenido de la orden?

HORACIO.—Sí, Alteza.

HAMLET.—Fue un ruego muy solemne de parte del rey: Puesto que Inglaterra ha sido su leal tributaria y sus lazos deben florecer cual la palmera, puesto que la paz debe llevar siempre su guirnalda de espigas y unirlos en su afecto, con otros muchos «puestos» bien colmados, que, a la vista y lectura del escrito, sin debate y cumpliéndolo a la letra, se dé a sus portadores la muerte inmediata sin lugar a confesión.

HORACIO.—¿Y cómo lo sellasteis?

HAMLET.—Hasta en eso fue el cielo providente: llevaba en la bolsa el anillo de mi padre, cuyo sello es idéntico al del rey; doblé el escrito a la manera del otro, lo firmé, sellé y reemplacé sin que nadie advirtiera ningún cambio. Al otro día fue el combate naval; lo que sigue ya lo sabes.

HORACIO.—Y Guildenstern y Rosencrantz fueron a su muerte

HAMLET.—¡Pero si estaban prendados de su oficio! No me rozan la conciencia. Su caída resulta de su propia intromisión. El inferior corre peligro atravesándose entre los fieros golpes y estocadas de rivales poderosos.

HORACIO.—¡Qué rey es este!

HAMLET.—¿No crees que ya es mi turno? Mata a mi padre, prostituye a mi madre, se mete entre la elección y mi esperanza y a mi propia vida le echa el anzuelo con toda esa maña. ¿No sería de conciencia pagarle con mi brazo? ¿Y no sería condenarse permitir que esta úlcera se extienda y siga corrompiendo?

HORACIO.—Tendrá pronto noticias de Inglaterra informándole de todo lo ocurrido.

HAMLET.—Muy pronto. Pero el intervalo es mío. Una vida no dura más que decir «uno». Pero me ha dolido mucho, buen Horacio, haberme propasado con Laertes, pues en el rostro de mi causa puedo ver el reflejo de la suya. Me ganaré su favor. Sin embargo, sus alardes de angustia dispararon mi arrebato.

HORACIO.—¡Chsss! ¿Quién viene?

(Entra el joven Osric.)

OSRIC.—Alteza, sed muy bienvenido a Dinamarca.

HAMLET.—Con humildad os lo agradezco. —¿Conoces a esta libélula?

HORACIO.—No, mi señor.

HAMLET.—Más gracia para tu alma, que conocerle es pecado. Posee tierras, muchas y fértiles. Con que un animal sea dueño de animales, ya tiene el pesebre en la mesa del rey. Este es un rústico, pero, como digo, con grandes extensiones de estiércol.

OSRIC.—Mi querido señor, si vuestra gentileza se hallara ociosa, os transmitiría un mensaje de Su Majestad.

HAMLET.—Señor, le prestaré oídos con toda entrega de espíritu. Dadle a vuestro gorro el uso debido: es para la cabeza.

OSRIC.—Gracias, Alteza. Hace mucho calor.

HAMLET.—No, creedme: hace mucho frío. El viento es del norte.

OSRIC.—En efecto, señor; hace bastante frío.

HAMLET.—Para mi complexión hace un calor sofocante.

OSRIC.—Sobre manera, Alteza. Hace mucho bochorno, como quien dice... ¿Cómo decirlo? Pero, señor, Su Majestad me manda participaros que ha hecho una gran apuesta en favor vuestro. Señor, se trata de...

HAMLET.—Acordaos de cubriros.

OSRIC.—No, mi buen señor, de veras; por respeto. Alteza, no ignoráis la excelencia de Laertes con su arma.

HAMLET.—¿Y cuál es?

OSRIC.—Estoque y daga.

HAMLET.—Son dos armas. Pero, en fin...

OSRIC.—Señor, el rey ha apostado seis corceles berberiscos, a los cuales, según creo, Laertes ha contrapuesto seis estoques y puñales franceses con todos sus adherentes, tales como el cinto, los tahalíes, etcétera. En verdad, tres de las portaderas son muy gratas al gusto, muy acordes con la empuñadura, un auténtico primor y de extremada fantasía.

HAMLET.—¿A qué llamáis «portaderas»?

OSRIC.—Señor, las portaderas son las correas.

HAMLET.—El término sería más propio si pudiéramos ceñirnos un cañón. Entre tanto, llámense correas. Mas sigamos. Seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas, con sus adherentes y tres portaderas de extremada fantasía. Es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Por qué se ha «contrapuesto», como vos decís?

OSRIC.—Señor, el rey ha apostado que en doce asaltos entre vos y Laertes, él no os ganará por más de tres. Laertes ha apostado por nueve de los doce^[38]. Podría ponerse a prueba de inmediato si Vuestra Alteza se dignase responder.

HAMLET.—¿Y si respondo que no?

OSRIC.—Señor, quiero decir si accedierais a enfrentaros.

HAMLET.—Señor, pasearé por este salón. Si le place a Su Majestad, es mi hora de ejercicios. Si traen las armas, y está dispuesto el caballero, y el rey mantiene su apuesta, haré que gane si puedo. Si no, me ganaré la deshonra y los golpes en cuestión.

OSRIC.—¿Transmito así vuestra respuesta?

HAMLET.—En tal sentido, señor, con los floreos que os dicte vuestro estilo.

OSRIC.—Me recomiendo con lealtad a Vuestra Alteza.

HAMLET.—Todo vuestro.

(Sale Osric.)

Hace bien en recomendarse, pues nadie lo hará por él.

HORACIO.—Este chorlito se va con el cascarón en la cabeza.

HAMLET.—Le hacía ceremonias a la teta antes de mamar. Éste y otros muchos de su cuerda, que tanto cautivan a nuestro frívolo mundo, sólo han pescado la jerga de moda y las fórmulas externas: un surtido de pamemas que los saca adelante entre las mentes más cultas; pero prueba a soplarles y les revientas las pompas.

HORACIO.—Perderéis este encuentro, señor.

HAMLET.—No lo creo. Desde que él marchó a Francia, no he dejado de practicar, y con tal apuesta ganaré. Aunque no te imaginas el malestar que siento. Pero no

importa.

HORACIO.—¿Qué es, señor?

HAMLET.—Una tontería; uno de esos presentimientos que turbarían a una mujer^[39].

HORACIO.—Si vuestro ánimo está inquieto, obedecedlo. Haré que no vengan y diré que no estáis listo.

HAMLET.—Nada de eso; los augurios se rechazan. Hay singular providencia en la caída de un pájaro. Si viene ahora, no vendrá luego. Si no viene luego, vendrá ahora. Si no viene ahora, vendrá un día. Todo es estar preparado. Como nadie sabe nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo antes? Ya basta.

(Entran el Rey, la Reina, Laertes, Osric, cortesanos y acompañamiento con trompetas, tambores, cojines, espadas de esgrima y manoplas. Una mesa con jarras de vino.)

REY.—Ven, Hamlet; ven y toma esta mano.

(Pone la mano de Laertes en la de Hamlet.)

HAMLET.—Perdonadme, señor. Os he agraviado. Perdonad como caballero. Los presentes bien saben y a vos de cierto os han dicho que estoy aquejado de un grave trastorno. Si rudamente he provocado vuestros sentimientos, honor y disgusto, aquí proclamo que ha sido locura. ¿Fue Hamlet quien hirió a Laertes? Jamás. Si Hamlet ha salido de sí y, no siendo él mismo, agravia a Laertes, no es Hamlet quien obra; Hamlet lo niega. Entonces, ¿quién obra? Su locura. Si es así, Hamlet es también de la parte agraviada y la locura es su cruel enemiga. Señor, ante esta asamblea: que mi negación de un mal pretendido me absuelva en vuestro noble pensamiento, como si mi flecha, volando por encima de la casa, hubiera herido a mi hermano.

LAERTES.—Lo admito en mis sentimientos, que son los que más deberían moverme a la venganza. Respecto a mi honor me reservo, y no deseo reconciliarme hasta que voces de probada autoridad emitan juicio y precedente de concordia y mi buen nombre salga intacto. Hasta entonces acojo como afecto el afecto declarado y no lo menosprecio.

HAMLET.—Lo acepto muy gustoso, y lucharé abiertamente en este encuentro fraternal. —Traed las espadas, vamos.

LAERTES.—Venga, una para mí.

HAMLET.—Laertes, os daré realce. Mi torpeza hará que vuestro arte brille tanto como un astro en la noche más oscura.

LAERTES.—Os burláis, señor.

HAMLET.—No, os lo juro.

REY.—Dales las espadas, joven Osric. Hamlet, ¿conoces la apuesta?

HAMLET.—Perfectamente, señor. Vuestra Majestad ha apostado por el débil.

REY.—No me inquieta; os he visto a ambos. Mas, como él es un maestro, se te ha dado ventaja.

LAERTES.—Ésta es muy pesada. A ver otra.

HAMLET.—Ésta me gusta. ¿Son todas del mismo largo?

OSRIC.—Sí, Alteza.

(Se disponen a luchar.)

REY.—Poned las jarras de vino en esa mesa. Si Hamlet da el primer golpe o el segundo, o se desquita en el tercer asalto, que en todas las almenas disparen los cañones. El rey beberá por el vigor de Hamlet y en la copa echará una perla más valiosa que la que cuatro reyes sucesivos en la corona danesa portaron. Dadme las copas; el timbal hablará a la trompeta, la trompeta al cañón de la muralla, el cañón al cielo y el cielo a la tierra, diciendo: «El rey bebe ahora por Hamlet.» Empezad. Jueces, vosotros siempre vigilantes.

HAMLET.—Vamos.

LAERTES.—Vamos, señor.

(Luchan.)

HAMLET.—¡Uno!

LAERTES.—¡No!

HAMLET.—¿Jueces?

OSRIC.—Un punto, un punto muy claro.

LAERTES.—Bien, sigamos.

REY.—Alto. Traed el vino. Hamlet, tuya es esta perla. Bebo a tu salud.

(Suenan tambores y trompetas, y disparan una salva.)

Dadle la copa.

HAMLET.—Primero, este asalto. Dejadla a un lado. —Vamos.

(Vuelven a luchar.)

Otro punto. ¿Qué decís?

LAERTES.—Otro punto, lo confieso.

REY.—Ganará nuestro hijo.

REINA.—Está sudando y sin aliento. Hamlet, toma mi pañuelo, sécate la frente. La reina bebe por tu suerte, Hamlet.

HAMLET.—Gracias, madre.

REY.—Gertrudis, no bebas.

REINA.—Quiero beber, esposo; con permiso.

(Bebe y ofrece la copa a Hamlet.)

REY.—*(Aparte.)* Es la copa envenenada. Ya es tarde.

HAMLET.—Aún no me atrevo, señora. Beberé luego.

REINA.—Ven, deja que te seque la cara.

LAERTES.—Majestad, esta vez le toco.

REY.—No lo creo.

LAERTES.—(*Aparte.*) Esto va casi contra mi conciencia.

HAMLET.—Vamos al tercero, Laertes. No dais en serio. Os lo ruego, atacad con más ardor. Temo ser vuestro juguete.

LAERTES.—¿Eso creéis? Vamos.

(*Luchan.*)

OSRIC.—Ningún punto para nadie.

LAERTES.—¡En guardia!

(*Hiere a Hamlet. Hay un forcejeo y se cambian los estoques. Hamlet hiere a Laertes.*)

REY.—¡Separadlos! Están furiosos.

HAMLET.—No, sigamos.

(*Cae la Reina.*)

OSRIC.—¡Atended a la reina!

HORACIO.—Sangran ambos. —¿Cómo estáis, Alteza?

OSRIC.—¿Cómo estáis, Laertes?

LAERTES.—Como pájaro cogido en mi trampa, Osric. Mi propia traición me da justa muerte.

HAMLET.—¿Cómo está la reina?

REY.—Se ha desmayado al verlos sangrar.

REINA.—¡No, no, el vino, el vino! ¡Ah, mi buen Hamlet! ¡El vino, el vino! ¡Me ha envenenado!

(*Muere.*)

HAMLET.—¡Ah, infamia! ¡Que cierren la puerta! ¡Traición! ¡Descubridla!

(*Sale Osric.*)

LAERTES.—Está aquí, Hamlet. Hamlet, estás muerto. No hay medicina que pueda salvarte. No te queda ni media hora de vida. El arma traidora está en tu mano, con punta y envenenada. La vileza se ha vuelto contra mí. Mira: yo, caído para siempre, y tu madre, envenenada. No puedo más. ¡El rey, el rey es el culpable!

HAMLET.—¿Con punta y envenenada? ¡Pues a lo tuyo, veneno!

(*Hiere al Rey.*)

TODOS.—(*Los cortesanos.*) ¡Traición, traición!

REY.—¡Amigos, defendedme! Sólo estoy herido.

HAMLET.—¡Toma, maldito danés, criminal, incestuoso! ¡Bébetela pócima!

(*Obliga a beber al Rey.*)

¿Está ahí tu perla? Sigue a mi madre.

(*Muere el Rey.*)

LAERTES.—Recibió su merecido: es veneno que él mismo preparó. Perdonémonos,

mi noble Hamlet. ¡No caigan sobre ti mi muerte ni la de mi padre, ni la tuya sobre mí!

(Muere.)

HAMLET.—El ciclo te absuelva. Voy a seguirte. Me muero, Horacio. —¡Adiós, pobre reina! Vosotros, que palidecéis y tembláis ante esta desdicha, comparsas o testigos mudos de esta obra, si me quedara tiempo (pues el esbirro de la muerte siempre arresta), ah, os contaría... Ya basta. Horacio, me muero; tú vives: relata mi historia y mi causa a cuantos las ignoran.

HORACIO.—Nada de eso. Más que danés soy antiguo romano. Aún queda bebida.

HAMLET.—Como hombre que eres, dame esa copa. ¡Suéltala! ¡Por Dios, dámela! ¡Ah, buen Horacio! Si todo queda oculto, ¡qué nombre tan manchado dejaré! Si por mí sentiste algún cariño, abstente de la dicha por un tiempo y vive con dolor en el cruel mundo para contar mi historia.

(Marcha a lo lejos y cañonazo.)

¿Qué es ese ruido de guerra?

(Entra Osric.)

OSRIC.—El joven Fortinbrás, de vuelta victoriosa de Polonia, dispara esta salva marcial en honor de los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.—¡Ah, ya muero, Horacio! El fuerte veneno señora mi ánimo. No viviré para oír las nuevas de Inglaterra, pero adivino que será elegido rey Fortinbrás. Le doy mi voto agonizante. Díselo, junto con todos los sucesos que me han llevado... El resto es silencio.

(Lanza un hondo suspiro y muere.)

HORACIO.—Ha estallado un noble pecho. Buenas noches, buen príncipe; que cánticos de ángeles te lleven al reposo. —¿Por qué vienen los tambores?

(Entran Fortinbrás y los embajadores de Inglaterra, con tambores, estandartes y acompañamiento.)

FORTINBRÁS.—¿Dónde está la escena?

HORACIO.—¿Qué queréis ver? Si es algo de asombro o dolor, cese vuestra busca.

FORTINBRÁS.—Esta sangre pregona matanza. Muerte altiva, ¿qué festín preparas en tu celda infernal, que con tal violencia hieres a la vez a tantos príncipes?

EMBAJADOR.—El cuadro es angustioso y nuestra embajada de Inglaterra llega tarde. Sordos están los oídos que nos deben dar audiencia, pues su orden fue cumplida y Rosencrantz y Guildenstern han muerto. ¿Quién nos dará las gracias?

HORACIO.—Su boca, no, aunque en ella hubiera vida para agradecerlos; él nunca dio la orden de matarlos. Mas, puesto que llegáis en hora tan sangrienta, vos, de la guerra con Polonia, y vos, de Inglaterra, disponed que los cadáveres sean expuestos

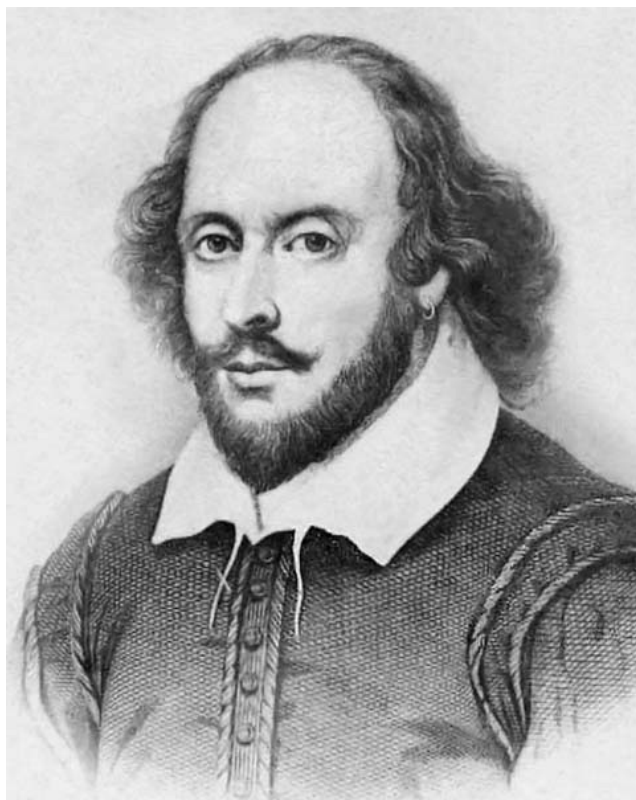
en alto a la vista de todos y permitid que cuente al mundo, pues lo ignora, todo cuanto sucedió. De este modo sabréis de actos lascivos, sangrientos e inhumanos, castigos fortuitos, muertes casuales y otras que se deben a engaños y artificios; y, por último, de intrigas malogradas vueltas contra sus autores. Todo esto fielmente os contaré.

FORTINBRÁS.—Apresurémonos a oírlo, y que esté presente toda la nobleza. En cuanto a mí, acojo mi destino con dolor. Sobre este reino tengo derechos históricos y ahora es la sazón para reivindicarlos.

HORACIO.—Hablaré también de ello y del voto que otros muchos atraerá. Mas cumplamos sin tardanza lo propuesto, ahora que los ánimos se encienden, no sea que a estas tramas sucedan más desdichas.

FORTINBRÁS.—Cuatro capitanes portarán a Hamlet marcialmente al catafalco, pues, de habersele brindado, habría sido un gran rey. Su muerte será honrada con sones militares y ritos de guerrero. Llevaos los cadáveres. Esta escena, más propia de batalla, aquí disuena. Vamos, que disparen los soldados.

(Salen en marcha solemne, seguida de una salva de cañón.)



WILLIAM SHAKESPEARE, (Stratford on Avon, Reino Unido, 1564-id., 1616) Dramaturgo, poeta y actor inglés. Tercero de los ocho hijos de John Shakespeare, un acaudalado comerciante y político local, y Mary Arden, cuya familia había sufrido persecuciones religiosas derivadas de su confesión católica, poco o nada se sabe de la niñez y adolescencia de William Shakespeare.

Parece probable que estudiara en la *Grammar School* de su localidad natal, si bien se desconoce cuántos años y en qué circunstancias. Según un coetáneo suyo, William Shakespeare aprendió «poco latín y menos griego», y en todo caso parece también probable que abandonara la escuela a temprana edad debido a las dificultades por que atravesaba su padre, ya fueran éstas económicas o derivadas de su carrera política.

Sea como fuere, siempre se ha considerado a Shakespeare como una persona culta, pero no en exceso, y ello ha posibilitado el nacimiento de teorías según las cuales habría sido tan sólo el hombre de paja de alguien deseoso de permanecer en el anonimato literario. A ello ha contribuido también el hecho de que no se disponga en absoluto de escritos o cartas personales del autor, quien parece que sólo escribió, aparte de su producción poética, obras para la escena.

La andadura de Shakespeare como dramaturgo empezó tras su traslado a Londres, donde rápidamente adquirió fama y popularidad en su trabajo para la compañía Chaberbain's Men, más tarde conocida como King's Men, propietaria de dos teatros, The Globe y Blackfriars. También representó, con éxito, en la corte. Sus inicios fueron, sin embargo, humildes, y según las fuentes trabajó en los más variados oficios, si bien parece razonable suponer que estuvo desde el principio relacionado

con el teatro, puesto que antes de consagrarse como autor se le conocía ya como actor.

Su estancia en la capital británica se fecha, aproximadamente, entre 1590 y 1613, año este último en que dejó de escribir y se retiró a su localidad natal, donde adquirió una casa conocida como *New Place*, mientras invertía en bienes inmuebles de Londres la fortuna que había conseguido amasar.

La publicación, en 1593, de su poema *Venus y Adonis*, muy bien acogido en los ambientes literarios londinenses, fue uno de sus primeros éxitos. De su producción poética posterior cabe destacar *La violación de Lucrecia* (1594) y los *Sonetos* (1609), de temática amorosa y que por sí solos lo situarían entre los grandes de la poesía anglosajona.

Con todo, fue su actividad como dramaturgo lo que dio fama a Shakespeare en la época. Su obra, en total catorce comedias, diez tragedias y diez dramas históricos, es un exquisito compendio de los sentimientos, el dolor y las ambiciones del alma humana. Tras unas primeras tentativas, en las que se transparenta la influencia de Marlowe, antes de 1600 aparecieron la mayoría de sus «comedias alegres» y algunos de sus dramas basados en la historia de Inglaterra. Destaca sobre todo la fantasía y el sentido poético de las comedias de este período, como en *Sueño de una noche de verano*; el prodigioso dominio del autor en la versificación le permitía distinguir a los personajes por el modo de hablar, amén de dotar a su lenguaje de una naturalidad casi coloquial.

A partir de 1600, Shakespeare publica las grandes tragedias y las llamadas «comedias oscuras». Los grandes temas son tratados en las obras de este período con los acentos más ambiciosos, y sin embargo lo trágico surge siempre del detalle realista o del penetrante tratamiento psicológico del personaje, que induce al espectador a identificarse con él: así, *Hamlet* refleja la incapacidad de actuar ante el dilema moral entre venganza y perdón; *Otelo*, la crueldad gratuita de los celos; y *Macbeth*, la cruel tentación del poder.

En sus últimas obras, a partir de 1608, cambia de registro y entra en el género de la tragicomedia, a menudo con un final feliz en el que se entrevé la posibilidad de la reconciliación, como sucede en *Pericles*. Shakespeare publicó en vida tan sólo 16 de las obras que se le atribuyen; por ello, algunas de ellas posiblemente se hubieran perdido de no publicarse (pocos años después de la muerte del poeta) el *Folio*, volumen recopilatorio que serviría de base para todas las ediciones posteriores.

NOTAS

[1] Fundada en 1502, era conocida como la universidad de Lutero y la cuna del protestantismo. Sin embargo, Shakespeare menciona la célebre universidad alemana porque, al parecer, era la preferida de los daneses que estudiaban fuera de su país. <<

[2] Es decir, igual que el dios del sol comparado a un ser lascivo. Hiperión, uno de los titanes de la mitología griega, era exactamente padre de Helio, dios del sol, pero a veces se le identificaba con éste. <<

[3] Según la mitología griega, Níobe estaba tan afligida por la muerte de sus numerosos hijos que no dejaba de llorar. <<

[4] El matrimonio de una viuda con su cuñado se consideraba incestuoso y estaba prohibido por la Iglesia, tanto la católica como la protestante (en Inglaterra este tipo de matrimonio no se legalizó hasta la «Marriage Enabling Act» de 1960). <<

[5] Ciudad y puerto de Dinamarca, a unos veinticinco kilómetros al norte de Copenhague. Elsenor y Elsinore son, respectivamente, las versiones española e inglesa del topónimo danés Helsingor. <<

[6] Según la mitología clásica, matar esta fiera temible fue el primero de los doce trabajos de Hércules. <<

[7] En la mitología griega, río del olvido. <<

[8] Exactamente, sobre la cruz de la espada. <<

[9] Sólo Dios y el diablo podían estar «aquí y en todas partes», la pregunta de Hamlet expresaría sus dudas sobre la verdadera naturaleza del espectro. <<

[10] El tenis solía asociarse con los jóvenes juerguistas. <<

[11] Entiéndase alrededor de la Tierra, según la astronomía de Tolomeo. La moderna teoría del sistema solar, de Copérnico, publicada en el siglo XVI, invirtió esta antigua creencia.<<

[12] Probable referencia a sucesos teatrales o políticos del Londres de la época, tal vez la rebelión del conde de Essex contra la reina Isabel en 1601. <<

[13] En la mitología clásica, Hércules llevó el mundo sobre sus hombros para que Atlas cogiera las manzanas del Jardín de las Hespérides. Al parecer, la imagen de Hércules «con su carga» aparecía en el escudo del Teatro del Globo de Londres, en el que actuaba la compañía de Shakespeare. <<

[14] Séneca en la tragedia y Plauto en la comedia eran los dos dramaturgos de la literatura clásica que más influyeron en el teatro isabelino. Además, el drama de Séneca inspiró la tragedia isabelina de venganza. <<

[15] Según la Biblia (Jueces, 11, 30 40), Jefté hizo voto a Jehová de que si derrotaba a los amonitas, sacrificaría a quien saliera de su casa a recibirle cuando él regresara. Salió su única hija, quien, antes de ser sacrificada, «lloró su virginidad por los montes». Hamlet pasa a recitar versos de una balada popular basada en la historia de Jefté. <<

[16] Es decir, el actor ha crecido bastante: el chapín era un zapato de suela muy alta que llevaban las mujeres. Hamlet se ha dirigido al actor adolescente que representaba los papeles femeninos. <<

[17] En el segundo libro de la Eneida de Virgilio, Eneas le cuenta a Dido, reina de Cartago, la muerte del anciano Príamo, rey de Troya. Príamo murió a manos de Pirro, hijo de Aquiles y uno de los que entró en la mítica ciudad encerrado en el célebre caballo de madera. <<

[18] Troya, aunque aquí Shakespeare parece referirse más bien a la ciudadela o al palacio real. <<

[19] Esposa del anciano Príamo y reina de Troya. <<

[20] Sería en este punto donde Hamlet sospecha que le están espiando y, por tanto, que Ofelia se ha prestado al juego. La sospecha podría motivarla algún movimiento de cortinas, siempre que éste no sea demasiado evidente: lo que dramáticamente importa es evitar que la sospecha se convierta en certeza. <<

[21] Supuesto dios de los sarracenos, presentado en el teatro medieval como personaje estruendoso y violento. Lo mismo cabe decir de Herodes como personaje teatral, al que Hamlet se refiere a continuación. <<

[22] El de cartón, sin patas y con un hueco de arriba abajo por el que se mete una persona y lo lleva a la altura de la cintura, tal como aún se ve en algunas fiestas populares. El «epitafio» que cita Hamlet parece lamentar la desaparición de esta figura en el antiguo baile inglés conocido como «morris dance». <<

[23] En el teatro isabelino los papeles femeninos los representaban actores adolescentes que aún no habían mudado la voz. <<

[24] El fogueo es a un disparo de verdad lo que el teatro a la vida real. Por tanto, no es sólo que la obra sea inofensiva y no vaya dirigida contra el rey, como algunos comentan, sino más bien que, si todo esto ha sido una prueba, el verdadero disparo vendrá después. <<

[25] En los teatros de la época de Shakespeare los actores solían tener participación («share») en los beneficios en vez de sueldo. Un actor consumado podía aspirar a una participación entera (por ejemplo, a un ocho por ciento de los ingresos), mientras que otros tenían que conformarse con media: esto es lo que Horacio le adjudica a Hamlet, tal vez porque éste debe su éxito a la colaboración de los actores. <<

[26] Alusión a la historia clásica de Damón y Pitias, personajes de la Edad de Oro a quienes unía una profunda amistad. <<

[27] Nerón mandó matar a su madre Agripina. <<

[28] Se sobreentiende el cadáver de Polonio. <<

[29] Referencia a un viejo cuento, en el que la hija de un panadero fue convertida en lechuza en castigo por su cicatería. Se sospecha que la historia alude a la pérdida de la virginidad. <<

[30] La canción alude a una vieja costumbre, según la cual la primera muchacha a quien veía un hombre en el día de San Valentín se convertía en su amada. <<

[31] Se creía que el pelícano hembra alimentaba a sus crías con su propia sangre. <<

[32] En el original «Clownes». Esta palabra significaba «campesino, rústico», pero, tanto en la vida real como en los espectáculos, el rústico siempre ha sido objeto de risa, y en el teatro inglés pasó a designar al actor cómico que representaba este papel.

<<

[33] En ofensa propia. El sepulturero quiere decir «se defendiendo» (en defensa propia). <<

[34] Todas estas razones del enterrador son una parodia de los argumentos legales aducidos sobre la muerte de Sir John Hale, que se ahogó en 1554 en estado de enajenación mental. <<

[35] En la mitología griega, montaña muy alta sobre la cual los gigantes colocaron el monte Osa para llegar al Olimpo. <<

[36] La paloma pone dos huevos y, al nacer, el plumón de los polluelos es de color dorado. <<

[37] El sentido de este enigma se ha explicado así: nadie, ni Hércules, puede interrumpir el curso natural de las cosas. Pero también parece que Hamlet concibe a Laertes como un pequeño Hércules a pesar del cual él acabará imponiéndose. <<

[38] Dando por supuesto que Laertes es mejor esgrimista que Hamlet, el rey apuesta por una diferencia de puntos favorable a aquél no superior a tres (es decir, Laertes debe ganarle por un mínimo de ocho a cuatro). Por su parte, Laertes parece haber subido la ventaja: él ganará al menos nueve de los doce asaltos. El original es confuso y ha suscitado explicaciones diversas. <<

[39] Según Hamlet, son más bien las mujeres las que tienen estas corazonadas. Pero, como puede verse a continuación («si viene ahora...»), es el presentimiento de su propia muerte lo que parece haber inquietado a Hamlet. <<